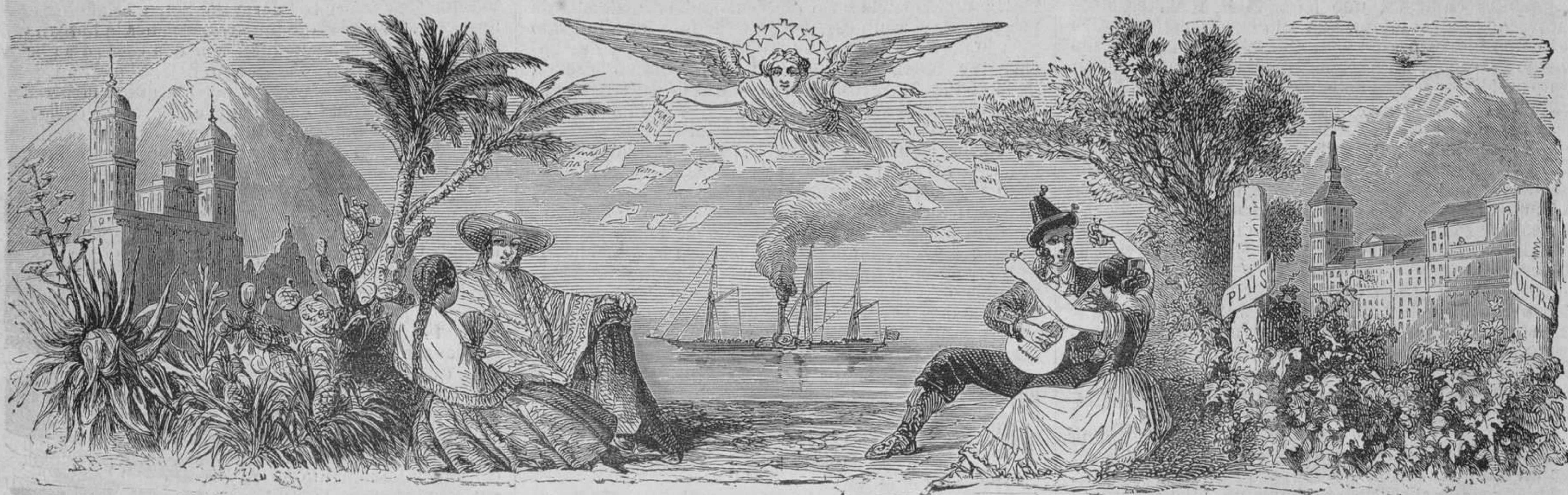


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 270.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Nuevo puente en Ginebra; grabado. — **El premio de la virtud.** — **Tunez;** grabados. — **Noticias de la China;** grabado. — **Luis Lahlache;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Pavía.** — **Varada definitiva del « Leviatan »;** grabado. — **Las cacerías en Alsacia y en el país de Baden;** grabado. — **Redencion.** — **El Rey y el Hombre.** — **Las siemprevivas;** grabados. — **Los llanos. Los caballos salvajes;** grabados. — **Un recuerdo de amor.** — **Revista de la moda.** — **Fuente de la Plaza de San Sulpicio en Paris;** grabado.

Nuevo puente en Ginebra.

Un nuevo puente llamado de la *Coulouvrenière* inaugurado hace pocos días, acaba de poner en comunicacion en Ginebra las dos orillas del Ródano, ó sea el barrio de San Gervasio y la parte de la aldea de Plainpalais designada con el nombre de la *Coulouvrenière*.

El proyecto de este puente decretado en 1856 por el gran consejo, fué concebido por M. Blotnizki, ingeniero cantonal, y las obras fueron ejecutadas bajo la direccion de M. Hug Hermann, ingeniero agregado de obras públicas. — Principiado en 1857, nueve meses bastaron para llevar á buen fin este trabajo importantísimo, de cuya elegancia y solidez se podrán formar una idea nuestros lectores por el dibujo que acompaña. El puente de la *Coulouvrenière* es en cierto modo la conclusion de la gran vía de comunicacion que en breve unirá á Lion con Ginebra. Hallándose colocado en la orilla derecha del Ródano el desembarcadero del ferro-carril, era indispensable que todos los habitantes del canton pudieran llegar allí fácilmente; ahora bien, viniendo de Carouge y de Plainpalais era preciso atravesar la ciudad sufriendo los inconvenientes de una circulacion activa y numerosa; por ese puente se va en derecha de la orilla izquierda al embarcadero. Como la apertura del ferro-carril se habia anunciado para fines de 1857, la construccion de que se trata presentaba un carácter de ur-

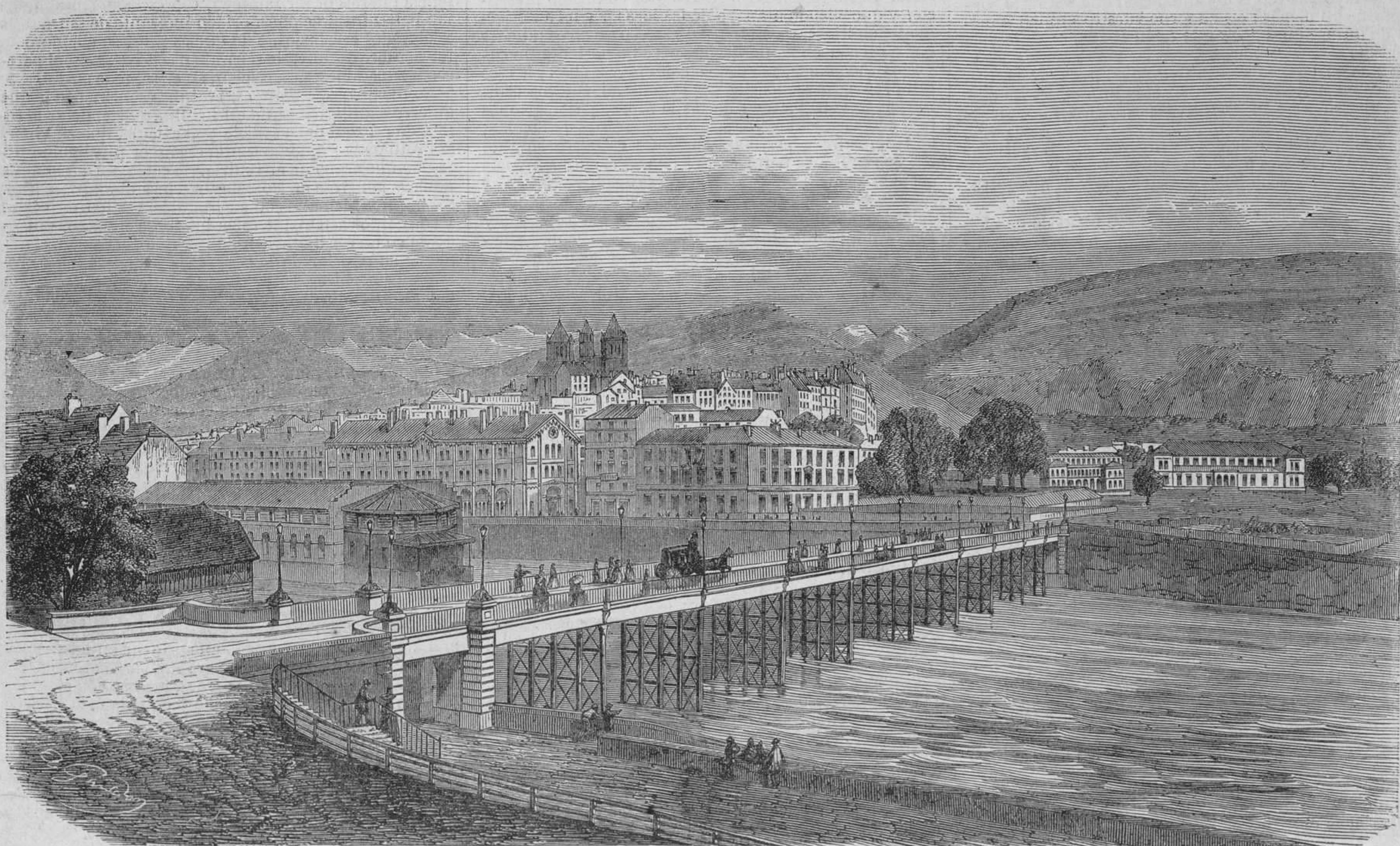
gencia, mientras conducia á la realizacion de los planes de ensanche de la ciudad sobre la orilla izquierda.

En cuanto al modo de construccion, que no es nuevo, se halla consagrado ya por la experiencia. Las columnas pueden parecer algo delgadas; pero esa apariencia es debida á la naturaleza del material empleado, que es el hierro. En San Galo existe un puente de ese género de un atrevimiento extraordinario que llena todas las condiciones de solidez apetecibles. De todos los géneros de construccion este es el que puede apreciarse con mas exactitud y el que deja menos probabilidades á los errores.

J. M.

El premio de la virtud.

En una de las noches del carnaval de 185..., cuatro jóvenes elegantemente vestidos se hallaban agrupados en torno de un velador del Café Suizo. Uno de ellos, Ju-



El nuevo puente de la *Coulouvrenière*, en Ginebra.

lian, de origen oscuro, pero de aspiraciones desmedidamente ambiciosas, estudiaba tercer año de medicina; mas en el excéntrico barrio en que vivía se hacia pasar por médico, y visitaba en varias casas de jornaleros, matando ó mal curando á los desgraciados enfermos que le caian por la banda, y cobrando sendos cuartos que le servian para darse tono, gastar y triunfar entre sus amigos, dedicando á las diversiones mucho tiempo del que al estudio consagrara debiera. Acompañábanle dos estudiantes de leyes, uno llamado Manuel, bastante aprovechado y estudioso, que solo invertía en el recreo el tiempo indispensable para esparcir el ánimo cuando mucho se trabaja la imaginación; el otro, Rafael, algun tanto desidioso, si bien dotado de nobles y elevados sentimientos, y de no comun despejo. Completaba la reunion un agente de negocios llamado Enrique S..., de escasa experiencia, pero de sobrada audacia, que así planteaba una sociedad por acciones ó se encargaba de los intereses de un litigante embrollon, como quien se bebe un vaso de agua en un día de canícula; lo esencial era cobrar sus honorarios, y esto, vive Dios, que no lo descuidaba. Así lucía brillantes alhajas en su pechera, chaleco y manos; su ropa era confeccionada siempre por los mejores sastres de Madrid, y tenia abono en el Teatro Real. Muchos de sus clientes lloraban amargamente el funesto error de haberle encomendado sus negocios, pero él vivía con desahogo, casi en la opulencia, y esto era lo principal. Julian le consideraba con envidia, y aspiraba nada menos que á superarle en posicion y bienestar, si bien por distinto camino.

En la noche á que nos referimos, la conversacion de nuestros cuatro jóvenes era muy animada. Versaba sobre un punto que todos discuten y que muy pocos comprenden: sobre si existe ó no la virtud. ¡Pobre virtud! ¡cuán mal parada suele salir de semejantes discusiones! Pero así tambien, cuando aparece uno de esos ejemplos que por fortuna no escasean todavía, brilla con mayor esplendor, con mas evidente y viva luz. Julian, para negar la existencia de la virtud, se fundaba en lo generalizada que decía se halla la desmoralizacion entre las mujeres de todas las clases de la sociedad, y con este motivo destrozaba reputaciones á diestro y siniestro con la mayor frescura. Enrique habia emprendido distinta senda, y se cebaba en la mala fe siempre creciente de los hombres. Para él no habia mercader honrado, militar que no fuese traidor, empleado que no fuese prevaricador, juez, abogado, procurador, médico, ni hombre alguno, en fin, que no se dejase seducir por el vil metal.

— Es innegable, decía concluyendo su peroracion que él juzgaba elocuente, la virtud no existe entre los hombres del día.

Nótese que nuestro hombre escasamente contaba veinte y ocho años de edad, y que aun representaba menos, pues tenia una cara aniñada, y en su labio superior apenas sombreaba un ligero y sedoso bozo, que él tenia muy buen cuidado de teñir diariamente de negro, para que aparentase algo mas.

— No es tanto como decís, exclamó Rafael despues de una breve pausa; no parece sino que el mundo no es aun bastante malo, segun os empeñais en pintarle con tan negros colores y en desfigurarle. Vosotros mismos no creéis lo que estais diciendo, sino que seguís la corriente de los demás: oís en torno vuestro á muchachuelos de quince años decir que están hastiados de la vida y de sus mentidos placeres, que las mas veces no conocen sino de oídas; veis á pollitas de poco mas de dos lustros coquetear en el Prado, en el teatro, en las reuniones, aparentando en sus miradas atrevidas y sus dichos algo libres que han profundizado misterios de la vida que arden ellas en deseos de saborear; y juzgais por esos torpes modelos á la humanidad entera!

— ¡Adios! ya comienza Rafael á filosofar, dijo Julian con petulancia.

Enrique se encogió de hombros con un gesto de indiferencia; Manuel, que estaba próximo á marcharse, dirigió una sonrisa de aprobacion á su amigo Rafael, y decidió quedarse para oír el fin de la discusion.

— A pesar de tus sentenciosas palabras, prosiguió Julian, persisto en mi idea, y despues de haber oído lo dicho por Enrique, omito hablar detenidamente de los hombres, limitándome á aprobar cuanto ha expuesto. La inmoralidad prevalece por entero en ambos sexos. Solo un nuevo diluvio, la destruccion de todo lo existente, podría purificar la depravada sociedad del siglo XIX. ¿Qué es hoy, por ejemplo, el amor? Lujuria ó cálculo. El amor puro y verdadero ha desaparecido por completo: nosotros apenas hemos encontrado de él algunos restos escasísimos; la generacion que nos suceda no hallará ni huellas, solo le conocerá por tradicion. Para el que intenta casarse, las cualidades morales de la futura que busca son nada, las metálicas son todo. Las mujeres hacen lo propio, miran al hombre bajo el punto de vista de su posicion actual, venidera, y aun póstuma, sobre todo si se trata de un empleado ó de un militar, pues cándida doncella de pocos años he visto que, al fluctuar entre dos galanes que á poseer su mano aspiraban, encargó á su madre se informase cuidadosamente de la vuidedad que con el tiempo podrían dejar, el uno, capitán á la sazón, y el otro que desempeñaba un destino en un ministerio; y al ver que las mejores probabilidades hablaban en favor de este, sacrificó inhumanamente al capitán. Este último, afligido, desesperado... se casó con otra muchacha que le llevó mayor dote.

— El siglo está metalizado, dijo gravemente Enrique lanzando una bocanada de humo del veguero que sostenía con su mano derecha, mientras que con la izquierda

da se ahuecaba la oscura cabellera peinada hacia pocos momentos por Perez Pelaez; hoy el casarse, el ser patriota, todo en fin, son negocios de bolsa expuestos á los azares del alza y la baja.

— Hoy como siempre, dijo Rafael con la inalterable calma de hombre que abriga una conviccion profunda, hay bueno y malo en todas las clases, edades y sexos de la sociedad. Lo único que me podreis probar es que hay mas precocidad en los jóvenes, pero si precoz es el mal, tambien suele serlo el bien. Si hay malvados de pocos años y abundan, porque siempre ha abundado mas lo malo, tambien hay talentos precoces, y muchos que siguen llenos de fe y de entusiasmo la senda de la virtud. Vosotros, calumniadores de nuestra época, ¿ignorais acaso que el mal ha existido siempre? Pues qué, ¿datan de hoy tan solo el adulterio, la prevaricacion, las traiciones, la mala fe? ¿No ha habido en todos tiempos tal ó cual córte depravada? Si hoy se seduce á una joven por medio de engaños y malas artes, ¿no se hizo lo propio en otras épocas, y no se llegó con frecuencia á recurrir á la fuerza de las armas para arrebatarse á tal ó cual doncella que tuvo la desdicha de agradar á algun magnate? Si hoy se hacen pronunciamientos ó revoluciones para cambiar un sistema de gobierno ó derribar un trono, y en ello toman parte militares y hombres políticos, ¿tan lejos está de vuestra memoria el tiempo en que se alzaban peniones y se guerrea con furor y saña en contra de un monarca ó de un valido? La humanidad, conjunto de múltiples heterogéneas partes, encierra en sí en grande escala el germen del bien y el del mal. No creamos de un modo exclusivo el desarrollo de este, y se le neguemos por completo á aquel.

— ¡Bien, amigo mio, bien! dijo Manuel. Veo con placer que te conservas fiel á tus bellas y nobles creencias. Sin ellas, ¿qué sería el mundo sino un infierno inhabitable? A ser cierta la pintura que de él nos hacian poco há estos dos hombres anticipadamente gastados, ¿quién pudiera tolerar una permanencia prolongada de un modo indefinido á voluntad del Creador? ¿un incesante martirio cuyos límites ni aun remotamente adivinarse pudieran? Existe la virtud, y en ella hay goces inexplicables, que si bien por desgracia no están al alcance de la comprension de todos (y esto lo dijo con leve ironía, lanzando como al descuido una mirada significativa á Enrique y á Julian), compensan al hombre honrado todas sus desdichas y sinsabores.

El frívolo y vano Enrique, para quien la conversacion iba tomando ya un giro algo enojoso, sacó un magnífico reloj de French, y despues de ver la hora, dijo:

— Me voy á casa á vestirme para asistir al baile del Teatro Real.

— Tambien yo iré allá luego, exclamó enfáticamente Julian, observando el efecto que producian sus palabras en los jóvenes que le rodeaban; pero no se cuidó de decir que entraba gratis en el coliseo de Oriente mediante el auxilio de cierto prójimo á quien habia asistido en una leve indisposicion, y que era primo de la cuñada del sobrino del que recibía los billetes en la puerta.

— Aguardad, aun es temprano, dijo Rafael, el baile principia tarde, y no habeis de ir á ver encender la lucerna. Deseo referiros un suceso que yo mismo presencié, y que viene en apoyo de las ideas por mí anteriormente emitidas. Os citaré este caso entre otros muchos que á mi conocimiento llegan, pues no obstante mi conocida indolencia, me dedico con ardor á observar esos mil dramas, desconocidos por la generalidad, que ocurren en la vida privada de las familias, y si aparto los ojos con asco y repugnancia de las escenas de maldad, fijo una mirada pertinaz, ansiosa y escudriñadora en las mas mínimas peripecias de una serie encadenada de sucesos, cuando en sus principales actores veo brillar buenos sentimientos. Mis ideas acerca de la virtud, inculcadas y robustecidas por mi adorada madre, santa y buena mujer que cifra en mi felicidad su dicha, se fortifica mas y mas cada día al comprobar hechos que están en perfecta armonía con las palabras que oí repetir incesantemente á la que cuidó de mi educacion en mis primeros años.

Vivia en Madrid, hace algun tiempo, una muchacha de peregrina hermosura, hija única de una viuda de un tendero. Este, abrumado por un cúmulo de desgracias que no alcanzaron á remediar su laboriosidad y honradez, bajó un día al sepulcro con el desconsuelo de dejar á su mujer y á su hija sin un solo real, y sin mas bienes que algunos efectos, ropas y muebles de su uso, pues lo poco que les quedaba en la tienda, lo habian vendido los acreedores. Modesta, que así se llamaba la muchacha, tenia escasamente diez y ocho años cuando perdió al autor de sus días, y hacia poco tiempo que se habia separado de una señora anciana á quien sus padres la confiaron para educarla mediante una módica retribucion. No tenia conocimientos brillantes, no era filarmónica, no destrozaba el francés, no bordaba en sedas ni felpas, pero escribía y leía correctamente, tenia unas manos primorosas para coser y confeccionar ropa blanca y vestidos, y cuando se sentaba á hacer labor era incansable.

Pintar el desconsuelo de aquellas dos infelices mujeres al hallarse solas y desamparadas en el mundo, ni es del caso ahora, ni yo para ello me siento con fuerzas suficientes: solo os diré que despues de torturar de mil maneras su imaginacion para adoptar un sistema de vida que para sostenerse les produjese siquiera lo suficiente, despues de luchar madre é hija con noble emulacion para evitarse mutuamente las molestias del trabajo, resolvieron de comun acuerdo que la madre cui-

dase de la casa y Modesta entrase de oficiala en un obrador de modista. No se ocultaban á la desdichada madre los peligros innumerables á que su hija querida iba á verse expuesta; pero poniendo su confianza en Dios, protector incansable de los desgraciados, y tambien en la virtud y sana moral de su Modesta, esperó resignada la suerte que el destino quisiese depararle.

Un mes hacia que la joven y hermosa modista asistía al obrador, y como para dirigirse desde él á su casa tenia que cruzar por la Puerta del Sol, apostadero perenne de feroces piratas de mujeres, muchos la habian perseguido y asediado sin obtener de ella otra cosa que repulsas dadas en un tono que no dejaba lugar á réplica. Uno hubo entre sus perseguidores á quien no arredraron ni la esquivez ni la marcada expresion de repugnancia que le manifestó Modesta, y con esa pertinacia estúpida y grosera del hombre que no concibe en mujer alguna ideas de dignidad ni de pudor, se obstinó en escoltarla por calles y plazas á cuantas horas salía de su casa ó del obrador, y llegó hasta el extremo de hacerla ofertas de dinero para que correspondiese á su torpe é innoble pasión. Miserables, que no comprenden que acaban de enagenarse la simpatía de ciertas mujeres pretendiendo ponerlas al nivel de otras que son desdoro de su sexo y ludibrio de la sociedad. Modesta, teñido el rostro con el carmin de una noble indignacion, se contentó con lanzarle una mirada tan elocuentemente despreciativa, que el malaventurado seductor hubo de comprender la completa inutilidad de sus esfuerzos. Pero como pertenecía á esa raza de hombres á quienes se pueden aplicar con exactitud las palabras que poco há profería Enrique, haciéndolas extensivas á la generalidad, se consoló villanamente en su derrota alabándose, entre sus conocidos que le habian visto asediar á Modesta, de haber logrado de ella ciertos favores.

Con esto comenzó á padecer la fama de la infeliz joven, pues es ese uno de los grandes males de nuestra sociedad, que una cosa tan sagrada como la reputacion de una mujer es en extremo frágil, y fiándonos en la mas leve y remota acusadora apariencia, rompemos la mas intachable reputacion en mil pedazos que lanzamos al viento con infamadora publicidad.

No os referiré las muchas aventuras de este género á que expuesta se vió la misera Modesta, pues no conviene ni á mi propósito ni al breve tiempo de que disponer podemos. Bástenos saber que, no obstante las mil tentaciones que á cada paso surgian en torno suyo, entre las cuales no era la menos temible la de las malas compañías que de continuo tenia en el obrador, en donde siempre se hablaba con entusiasmo de fiestas, bailes y bromas mas ó menos ilícitas, ella perseveraba en la buena senda, y despreciando las burlas y envidiosos epigramas de sus compañeras, todo el tiempo que el trabajo le dejaba libre lo consagraba á cuidar y atender á su madre, virtuosa como ella, y única persona con quien salía á hacer sus devociones, á pasear y á disfrutar de sencillas y honestas diversiones.

Así habian trascurrido tres años próximamente cuando llegó para Modesta el momento de esa prueba que es la mas decisiva para las mujeres: se enamoró, pero no así de un modo vago, sino con toda su alma y su corazón, con ese amor puro, verdadero y santo, cuya existencia quereis negar tambien, con ese amor, fuente de tan bellas inspiraciones, origen incesante de tan nobles y elevados sacrificios. Y lo que es peor, se enamoró de un hombre de quien le separaban con barreras, al parecer insuperables, su posicion, su clase, todo en fin.

No me dirijas, Julian, esa escéptica sonrisa con la que quieres significarme que mi heroina desciende ya al inmundado cenagal de la codicia y el cálculo, que su virtud era estudiada y que no sentía ese amor puro y desinteresado que acabo de atribuirle. No cabía, no, en el alma noble y generosa de Modesta un pensamiento tan bajo. Sabía muy bien que con su humilde vestido de percal y su manto castamente rebozado sobre el pecho, saliendo de su casa á horas periódicas que indicaban claramente su posicion de desventurada jornalera, y no obstante los hechiceros atractivos con que la naturaleza la dotara, no podía aspirar á enlazarse con Alberto, el hijo del opulento banquero L..., que vivía enfrente de su casa, con el gallardo gineté á quien desde su elevada ventana veía caracolear en un brioso caballo andaluz los domingos por la tarde, únicos días en que á la infeliz le era dado contemplar á su sabor al que, sin saberlo, habia logrado cautivar su corazón.

Tal era su persuasion en este punto, que ni en sus mas vagas ilusiones imaginó por un solo momento llegar á ser esposa de Alberto, y aun en sus castos sueños de virgen parecia que su mente solo se atrevía á ver al objeto de su amor descendiendo al nivel suyo por una serie prolongada de desgracias, y entonces ella le ofrecía su mano y su corazón como un bálsamo consolador para las heridas de su alma. Con esto veis cuán lejos de su pensamiento se hallaba toda idea de cálculo, de ambicion, de engrandecimiento. Las mujeres del género de las que vosotros describais antes, y que por desgracia habré de convenir en que son las que mas abundan, hubieran pensado en su lugar en los medios de que podrían echar mano para llamar la atencion de Alberto, hacerle caer en sus redes, casarse con él, y vivir en una existencia de molición y de holganza. Modesta por el contrario, cual bella y perfumada violeta, se ocultaba cuidadosamente cuando sospechaba siquiera que las miradas de Alberto podian fijarse en ella, y en el nunca profanado santuario de su corazón tributaba secreto culto á su amado. Si, solo tres ideas, tres nombres se agitaban suave y blandamente en su pensamiento: Dios, su madre y Alberto.

Pero llegó un día en que un suceso inesperado vino á turbar la serena calma de su existencia.

Una de esas amigas oficiosas que nunca le faltan á una familia, sea cualquiera la posición social en que se halle colocada, una de esas mujeres dotadas, si se quiere, de buen corazón, pero que no saben dirigir bien sus bondadosos impulsos, y se sienten inflamadas por un sentimiento de caridad extraviada, una casamentera, en fin, se empeñó en persuadir á la madre de Modesta de que la chica estaba ya en edad de tomar estado, que así aseguraría su bienestar y la tranquila vejez de su madre, y concluyó presentando como candidato á pedir de boca á un maestro guarnicionero conocido suyo, hombre de muchas pesetas, trabajador y jóven todavía.

La pobre madre, que ningún devaneo había conocido á su hija, que no se tomara el trabajo de sondear su corazón, y que deseaba ardientemente verla establecida, previendo el día mas ó menos lejano en que hubiera de dejarla completamente sola y desamparada en el mundo, acogió del modo mas favorable la idea, y en la misma noche propuso su realización á Modesta, enumerando todas las ventajas que ambas podían obtener. La pobre jóven, herida en lo mas íntimo de su corazón por tan cruel proposición, procuró disuadir á su madre; pero esta, con la pertinacia propia de su edad y de su deseo de labrar la felicidad de su amada hija, persistió en su empeño, fundándose en que no teniendo Modesta, según su propia confesión, ocupado el pensamiento por ningún otro amor, no había dificultad alguna que se opusiera á tan ventajoso casamiento.

Amargo llanto derramó Modesta en los días que siguieron á esta escena; grande fué su dolor al ver que tenía que desterrar de su mente la imágen querida de Alberto, pues en su honradez inalterable comprendía que al hombre que la iba á tomar por esposa debía llevarle un corazón puro de todo ageno afecto, ya que no le concediese desde luego un amor que no podía sentir hacia él.

Por fortuna la Providencia se apiadó de Modesta, y aquel martirio duró poco. El candidato propuesto por la casamentera amiga deseaba aumentar las proporciones de su comercio; para esto necesitaba mas fondos de los que tenía, y no halló mejor medio de procurárselos honradamente que el de casarse con una mujer que se los llevase en dote, y como la infeliz Modesta no tenía otros bienes que el inestimable tesoro de su corazón, que no todos podían comprender, la relegó al olvido, con gran contentamiento de la cuitada, si bien con profundo pesar de su madre, que comenzó á ver el porvenir con sombríos colores. Pero este desaliento duró poco: su hija le prodigó dulces consuelos y halagos, le recordó la robusta fe en la divina protección que ella misma le inculcará en sus tiernos años, y que solo un momento de alucinación pudo hacerle olvidar por un instante, y renació en aquellas dos almas la suave tranquilidad que procuran siempre la honradez, el trabajo y la convicción de que se cumplen estrictamente los santos deberes por la virtud impuestos.

Ahora llegamos á la situación moral mas crítica de mi heroína.

Alberto la había visto algunos días desde su balcon, y si bien le habían llamado la atención su hermosura, su recato y su modestia, tan diferentes de lo que se observa en otras muchachas de su clase, no hizo gran reparo en ella.

Bajando un día á caballo por la calle Imperial, en dirección á la de Toledo, iba distraído é indiferente á cuanto en torno suyo pasaba, cuando su brioso alazan dió un terrible resbalon, y perdiendo el equilibrio vino al suelo sin darle tiempo á desmontar. Mas como era consumado ginete, refrenó vigorosamente á su caballo y le hizo levantar sin sufrir daño alguno. Durante esta escena, que fué mas breve que el tiempo que he tardado en referiroslo, oyó un agudo y angustioso grito de mujer cerca de sí, y vió como la sombra de una mano que se extendía hacia él. Cuando se hubo afirmado en la silla y arreglado las riendas, buscó con la vista el punto de donde pudieran haber salido aquel grito y aquella mano, y vió con asombro en medio de la calle á su hermosa vecina, mas embellecida aun por la emoción del susto y por el rubor que hacía asomar á sus lindas mejillas y frente la vergüenza de haber dejado escapar una mínima parte de su secreto, dando aquella prueba de interés á Alberto en un sitio público. Confusa y aturdida se retiró precipitadamente á la acera para continuar su camino, pero no sin oír antes á su amado que le decía con dulce voz y galante expresión: — «Tranquílcese Vd., señorita, no me he hecho el mas leve daño, y le doy mil gracias por el auxilio que deseaba prestarme.»

Agitábanse mil pensamientos en confuso tropel en la imaginación de la gentil doncella, pues tan pronto se abochornaba de la impremeditada acción que cometiera, como se regocijaba por haber escuchado algunas palabras benévolas de Alberto, y tornaba á avergonzarse de haberle dejado entrever el afecto que le inspiraba.

Alberto por su parte sentía una impresión extraña desde que ocurriera aquel encuentro singular entre él y Modesta. Maravillábase de no haber fijado antes mayor atención en aquella niña tan agraciada, regocijábase de haber sido objeto de su espontáneo ademán para socorrerle creyéndole caído; mas despues reflexionaba que acaso le había dictado un simple sentimiento de humanidad cual pudiera habersele inspirado cualquier otro hombre que se hubiese hallado en su lugar. Esto no obstante, desde aquel momento formó el propósito de seguir la aventura, y de hacer lo posible por volver á encontrar á la hermosa Modesta.

En efecto, á la mañana siguiente, al salir de su casa la puntual y laboriosa modista, el primer objeto que distinguieron sus ojos fué á Alberto, que desde su balcon la dirigía un amable y respetuoso saludo. Modesta correspondió con una leve inclinación de cabeza, ruborizándose hasta en lo blanco de los ojos, y prosiguió su camino sin atreverse á levantar la vista del suelo, temiendo, en su cándida inocencia, leer una reconvención ó una censura en las miradas de cuantos pasaban por su lado. Aquella comunicación que tácitamente acababa de establecerse entre Alberto y ella halagaba las mas ardientes aspiraciones de su corazón, pero temblaba al considerar que se iban confirmando sus temores de ver descubierta su secreto.

Para abreviar, os diré que Alberto se dedicó desde entonces con asiduidad á hablar con Modesta, quien, sin faltar en lo mas mínimo á sus deberes, no halló empero para rechazarle aquella esquivéz con que á las palabras de otros contestaba. Muy luego llegaron á sus oídos las murmuraciones de las gentes del barrio que ostensiblemente la mostraban desmerecia del buen concepto en que antes la tuvieran, pues no imaginaban que la simple y humilde oficiala de modista pudiera ser otra cosa que la querida del rico señorito. Pero ella, fuerte con su virtud y su pureza, se hacia superior á mezquinas habillitas, y otro pensamiento mas grave la preocupaba: Alberto la hablaba de amor; ella hacia tiempo que le sentía muy profundo en el corazón; una casualidad de las mas singulares los había reunido, y como no veía adonde podría conducirla aquella situación, pugnaba por salir de ella á todo trance, aunque fuese sacrificando para siempre su ventura.

Una vez Alberto, que tenía siempre la delicadeza de hablarla de día y en sitios públicos, la propuso de improviso que diesen un paseo al anochecer despues que dejaran el trabajo, y manifestó la esperanza de obtener de ella ciertos favores. Modesta sintió un dolor cruel en el fondo de su alma, pero supo ocultarle, y en vez de mostrarse altiva y despreciativa cual en otras ocasiones, intentó con dulzura hacer comprender á su amante el error que acababa de cometer, y empleó para ello sentidas y sencillas frases. Brilló por un momento en el rostro del jóven, cual fugaz relámpago, una sonrisa de inefable júbilo, pero volvió á insistir, echando mano de cuantos recursos de seducción están al alcance de un hombre en semejantes casos; entonces Modesta con voz ya temblorosa y casi dejando asomar á los párpados dos preciosas lágrimas que el ángel de la virtud debió beber gozoso, le manifestó lo inútil de su insistencia y el propósito que había formado de romper unas relaciones que ni podían ni debían continuar. Grande fué su sorpresa cuando vió á Alberto despedirse de ella radiante de alegría y dirigiéndola una mirada impregnada de dulcísimo amor. Al pronto no supo como explicarse tan singular conducta, mas luego olvidó por entero este incidente para pensar tan solo en la ofensa que acababa de inferirle el hombre por ella tan amado, y dolerse amargamente de no haber sabido resistir á su inclinación.

Al día siguiente se acercó Alberto á ella y le dijo con sentido acento:

— Modesta, ayer hice á Vd. una grave injuria, y no fué cometiendo un error, ni cediendo á un movimiento irreflexivo, sino con deliberado propósito.

La jóven quedó absorta al oír tal lenguaje y fijó en él una mirada atónita.

— Sí, comprendo la extrañeza de Vd., prosiguió Alberto, y por lo mismo voy á explicarme. Acostumbrado á oír hablar mal, muy mal, de todas las mujeres, llegué á figurarme que no había logrado inspirar á Vd. un amor verdadero, sino que era objeto de miras interesadas que arrollarian todo género de consideraciones para alcanzar el fin propuesto, y quise completar el estudio que vengo haciendo de algún tiempo á esta parte del carácter de Vd. La prueba fué brillante: las sentidas frases, la expresión de voz, y aun la del semblante me demostraron de un modo evidente que Vd. no fingía, que era Vd. verdaderamente tal como yo la había imaginado, y por eso, al recibir formal repulsa, fué el hombre mas venturoso del universo. Afirmado hoy en mi creencia respecto de Vd., vengo sin vacilar, lleno de júbilo y entusiasmo, á suplicarla que me autorice para pedir su mano á su madre.

— ¿Qué dice Vd.? exclamó Modesta azorada y trémula.

— Que anhelo dar á Vd. el dulce nombre de esposa, y que en la realización de este deseo cifro mi felicidad.

— ¡Jamás! ¡jamás! ¿Yo casarme con Vd., para destruir su porvenir, para exponerle á las burlas de sus amigos, de todas las personas que se hallan en su esfera, y aun acaso á las iras de su padre? No, y mil veces no. Ayer pensaba romper con el tiempo las relaciones inocentes é inofensivas que entre nosotros existen; hoy lo resuelvo definitivamente.

Mi corazón se halla combatido por dos encontrados y opuestos sentimientos: la alegría de ver que con las palabras pronunciadas ayer solo intentó someterme á una prueba, y que me considera Vd. bastante honrada y virtuosa para elevarme hasta sí, me hace en extremo venturoso; el dolor de haberme de separar del hombre á quien no puedo menos de confesar que le amo sinceramente, me llena de angustia; pero sobre todo esto prevalece el deber, con el cual no me es dado transigir, sino cumplirle ciegamente.

— Modesta amada, yo no temo las burlas del vulgo que no sabe comprender los dulces misterios del corazón, y tendré de mi parte á todos los hombres honrados. Mi padre me ama en extremo, y mientras yo no cometa una mala acción, estoy seguro de no incurrir en

su desagrado. Considere Vd. cuán felices seremos, cuán dichosa hará Vd. á su buena madre...

— ¡Basta! no me es dado escuchar á Vd. por mas tiempo, porque quiero permanecer inalterable en mi resolución, y estoy segura de conseguirlo. ¿Quién sabe? Acaso con el tiempo otro sentimiento mas tranquilo y no menos dulce sustituya al que hasta hoy nos ha arrastrado irresistiblemente al uno hacia el otro. Entre tanto sufriré, pero sabré acallar mi corazón y cumplir con lo que el deber me ordena.

Vanos fueron los ruegos, la obstinada insistencia de Alberto: Modesta se mantuvo inflexible y hasta le prohibió volver á verla, asegurándole que estaba muy arrepentida de haber cedido á un momento de irreflexión cuando escuchó sus primeras palabras de amor.

Excuso decir que Alberto no obedeció al pie de la letra el precepto de no volverla á ver. Era imposible. Una atracción invencible le llevaba al lado de Modesta, y la pobre niña tenía que sufrir los dobles embates de su amor y de la pertinaz pasión de Alberto; pero luchaba denodada y no cedia una sola pulgada de terreno.

En tal estado se hallaban ambos jóvenes hacia siete ú ocho meses, sin que se supiese qué admirar mas, si la noble resistencia de ella ó la incansable constancia de él, cuando un día, despues de haber estado algunos sin verse, se presentó Alberto con el rostro alterado y la mirada extraviada, y dijo á Modesta que iba á verla por última vez, á despedirse definitivamente de ella. La jóven, aterrada al ver la expresión de su semblante, le interrogó ansiosa acerca de las causas de su determinación, que por otra parte aprobaba si no tenía algun motivo sensible. Empeñáronse en una prolongada conversación en la que á su vez parecia ella insistir y él resistir. Esta escena se reprodujo con frecuencia en los días siguientes, y se observó con extrañeza que Modesta había dejado de asistir al obrador.

Dos meses despues asistía yo en calidad de convidado á la boda de Alberto y Modesta, que se celebraba con la mayor sencillez en la iglesia de San Sebastian, al amanecer, y sin mas concurrencia que la de los padres de los novios y otros dos amigos de confianza. Los novios estaban resplandecientes de amor y de alegría, y la madre de Modesta elevaba al Omnipotente una ardiente oración de gratitud al ver que había deparado á su hija amada un protector, un amparo, y que ella podía morir tranquila!

— ¡Magnífico desenlace, pero previsto! exclamó Julian con marcada expresión de fatuidad. Tu cándida inocente sencilla heroína estaba aguardando á que su rendido amante, á fuerza de apurarle, echase mano de algun recurso desesperado, y con ese golpe de vista tan seguro de las pérdidas mujeres, comprendió que se podía en mejor situación fingiéndose hipócritamente desinteresada, y aparentando que daba una prueba de abnegación. No era lerda la niña, por vida mia: debemos concederle que tenía talento.

— ¡Cómo! ¿imaginas?... exclamó Manuel.

— Calla, dijo pausadamente Rafael interrumpiéndole, si ahí le aguardaba yo. Fáltame explicarte ciertos pormenores que es muy del caso referir.

La tarde en que tan alterado se presentó Alberto á despedirse de la mujer que embargados le tenía los sentidos, á fuerza de insistencia y ruegos de Modesta, concluyó por confesar que en los últimos días en que no la había visto sufrió su padre tan terribles pérdidas en la Bolsa que, para cumplir sus compromisos como hombre de acrisolada honradez que había sido siempre, se vió obligado á abandonar á sus acreedores cuanto poseía; que viendo entonces Alberto que aun no bastaban las sumas entregadas, sin consultar á su padre completó los pagos con la mayor parte del importe de su legítima materna. En seguida obligó á su padre á aceptar el resto de cuanto le pertenecía para sostenerse durante algun tiempo, y solicitó y obtuvo de un antiguo amigo de su familia que le confiase la dirección de un establecimiento fabril en una población de provincia. Esta era la razón porque de Modesta se despedía.

La noble jóven, al oír la narración de tan tristes acontecimientos, evocó el recuerdo de sus dulces ensueños en los primeros tiempos de su entonces ignorado amor. Creyó llegado el momento de realizar lo que antes acariciara tan solo cual vaga ilusión. Calló y obró.

A los pocos días anunció á Alberto que, si aun la consideraba digna de ser su esposa, satisfaría su mas ardiente deseo aceptando su mano. Entonces, en medio de este siglo desmoralizado y positivista, como os complacéis en llamarle, se vió por segunda vez entre aquellos dos jóvenes dotados de tan elevados sentimientos un grandioso ejemplo de abnegación, y Alberto, que tanto anhelaba poseer al objeto de su amor, se resistía empero tenazmente á hacerla partícipe de la ruda existencia que iba á emprender. Sin embargo, no solo triunfó Modesta, sino que le persuadió á que consintiese en que ella contribuyera con el trabajo de sus manos al sostenimiento comun. Como él era trabajador y activo, y hábil y laboriosa ella, prosperaron en la población á que habían ido á establecerse.

— ¿Qué prosáico es eso! dijo Enrique. La mujer del antes opulento jóven de Madrid haciendo acaso vestidos para tal ó cual lugareña.

— ¡Las escenas al parecer mas prosáicas de la vida privada, dijo Rafael, tienen su bella y santa poesía; solo que las miramos someramente, no percibimos de ellas sino lo que al ridículo se presta, y no nos tomamos el trabajo de profundizar!

Hoy tenéis á Alberto de director en una empresa mercantil é industrial de esta córte, con crecido sueldo y

en una posición mas que desahogada. Modesta, poseyendo en alto grado la cualidad que su nombre le atribuye, trasmite á una preciosa niña las saludables máximas que fueron fundamento de sus virtudes y origen de su hoy merecida buena suerte, y hace cada día mas feliz á su marido, quien se lo paga con usura.

J. F. SAENZ DE URRACA.

Tunez.

(Véase el nº 268.)

Trasladamos á continuación otra correspondencia de M. Moynier, fechada en Tunez el 16 de enero de 1838:

La entrega de la condecoración conferida á S. A. el bey, ha motivado una fiesta interesantísima dada por el encargado de negocios de Francia, M. Leon Roches.

Sidi-Mohammed bey retenido en los baños de Hamman-el-Lgf por las exigencias de un régimen severo, mandó en su nombre á la fiesta á su hijo Sidi Heussein, hermoso jóven de diez y ocho años que salia por primera vez del haren, y cuya fisonomía inteligente llamó la atención de todo el mundo.

Este príncipe se hallaba acompañado por el primer ministro Sidi-Mustafa-Khaznadar, por el yerno y el hermano político de S. A. y por una comitiva de oficiales generales que todos vestian el uniforme de gala.

Todo el cuerpo consular y



Sidi-Mohammed, bey de Tunez.

los jefes de las religiones griega y judía asistian igualmente, así como lo mas escogido de la colonia europea establecida en Tunez.

En el patio de la legación en cuyo derredor reina una galería de soportales, se apiñaba una muchedumbre de indígenas para oír la música de la guardia del bey, que S. A. habia puesto á disposición de M. Roches, con varios cantantes y un trovador árabe. Estamezcla de trajes tan distintos, tenia un aspecto muy particular y que acordaba perfectamente con el carácter de fusion entre musulmanes y cristianos, que era el de la fiesta.

Los dignatarios tunezinos que por primera vez se encontraban en tales reuniones se portaron con la mayor galantería; ofrecieron el brazo á las señoras y recorrieron los salones tomando así una parte directa en aquella fiesta que admiraron como toda la concurrencia.

Envío á Vds. el retrato de bey con una vista del salon de M. Roches.

Noticias de la China.

La ciudad de Canton ha sido tomada el 29 de diciembre último, y el virey Yeh, cuyo retrato damos aquí, cayó el 3 de enero en poder de los europeos con ocho generales tártaros. Yeh fué enviado á bordo del *Inflexible*, segun las últimas noticias. El 26 el almirante publicó esta órden:

« Los comandantes en jefe



Fiesta dada en el consulado de Francia por M. Roches, cónsul general, con motivo de la entrega de la condecoración de la Legion de Honor al bey de Tunez.

de las tropas navales y militares aliadas delante de Canton, se han puesto de acuerdo sobre las operaciones siguientes contra la ciudad :

El bombardeo principiará el lunes por la mañana 28 de diciembre. Los buques designados con la letra A romperán el fuego contra el ángulo sudoeste de las murallas de Canton, para practicar una brecha y para impedir las comunicaciones de los chinos á lo largo de los parapetos del lado oriental. Los buques y las baterías de la Folie-Hollandaise abrirán la brecha con el mismo objeto enfrente de la residencia del virey, y los morteros de la Folie-Hollandaise bombardearán la ciudad y el fuerte de Gough. Los navios designados con la letra C romperán el fuego contra el ángulo sudoeste de la ciudad.

Estos tres ataques comenzarán simultáneamente. El bombardeo será lento y continuará de noche y de día, sin que pase de sesenta disparos por cada cañon en las primeras veinte y cuatro horas. En cuanto haya comenzado el bombardeo las fuerzas aliadas desembarcarán en la bahía de Kuper al despuntar el día, y en el órden siguiente : 1º Los zapadores y minadores, el 59º, la artillería real; 2º la brigada naval francesa; 3º la brigada del comodoro Elliott; 4º la brigada naval de Canton; 5º un batallon de soldados de marina real; 6º una brigada de soldados de marina. La brigada naval inglesa estará sobre la derecha, y la brigada francesa sobre la izquierda; el resto formará el centro. »

En otra órden del día el almirante prohíbe expresamente el pillaje, y ordena que se protejan las vidas y haciendas de los habitantes, no solo por humanidad, sino tambien por interés político.

Hé aquí ahora el primer parte que se ha recibido en Europa sobre este triunfo alcanzado por las armas francesas é



Yeh, virey de Canton, gobernador general de los dos Kouangs.

inglesas en la China. El parte es del almirante Seymour y se dirige al secretario del Almirantazgo :

Cuartel general, 29 de diciembre de 1857.

« Con la mas viva satisfacion tengo el honor de anunciaros, para que sea llevado á conocimiento de los lores del Almirantazgo, que la ciudad de Canton ha sido atacada esta mañana por las fuerzas navales y militares bajo el mando del contra-almirante Rigault de Genouilly, del mayor general Van Straubenzee y de mí mismo, y que fué tomada escalándola. El próximo vapor os trasmitirá detalles completos.

El placer que nos ha causado un triunfo tan pronto con una pérdida tan ligera, ha sido neutralizado por una gran desgracia, la muerte del capitán Bates, del navio de S. M. el *Acteon*, que fué muerto por una bala reconociendo un sitio favorable para la colocacion de nuestras escalas. Este triste suceso sembró el luto en todo el ejército, pues el capitán Bates era tan querido por sus numerosas cualidades, como era admirado y respetado por sus talentos de marino. Con la muerte del capitán Bates la reina ha perdido un servidor fiel é inteligente. Tenemos que deplorar tambien la pérdida de otro oficial, el teniente Hackett, del 59º regimiento, que poco despues del desembarco fué degollado por un destacamento de soldados chinos. No he oido citar mas que dos soldados heridos, y son el teniente lord Gilford, del *Calcuta*, gravemente, el brazo roto por una bala, y M. Thompson, midshipman del *Sans Pareil*, gravemente herido por un cohete. Trabajo con mis valientes colegas en asegurar bien nuestra posición. »

M. SEYMOUR,
contra-almirante y comandante en jefe.

Luis Lablache.

El célebre bajo cantante Luis Lablache ha muerto en Nápoles el 23 de enero último.

No era Lablache de una edad tan avanzada como se ha querido suponer, puesto que segun los datos que nos suministra M. Fetis en su *Biografía universal de los músicos*, habia nacido el 6 de diciembre de 1794, en ese mismo Nápoles donde acaba de exhalar el último suspiro. Sin ser pues octogenario, habia llegado Lablache á una época avanzada de la vida, no la mas á propósito para las faenas teatrales, y mucho menos para poder cantar. En el año 1838 se dijo ya que pensaba retirarse del teatro, y sin embargo, ha continuado en la escena hasta poco antes de morir, puesto que ha cantado en el teatro imperial de San Petersburgo en la temporada pasada, sin que los rigores del clima del norte ejercieran perniciosa influencia en aquella naturaleza privilegiada. Perteneciente á una familia francesa, oriunda de Marsella, que se habia fijado en Nápoles para preservarse de los excesos de la revolucion, fué colocado el jóven Luis en el Conservatorio de « La Pieta de Turchini, » que era una de las varias escuelas de música que Nápoles poseia en otro tiempo.

Tenia entonces doce años, y no denotaba por cierto que llegaria á ser una notabilidad. Le hicieron aprender el canto y tambien tocó algun instrumento, pero sin ningun buen resultado, porque era desaplicado y mas inclinado á los juegos de su edad que al estudio y á la meditacion. La casualidad, dice M. Fetis, dió á conocer su aptitud musical. Habiendo caido enfermo uno de los alumnos que debia tocar el contrabajo en un concierto que iba á verificarse dos dias despues, ofreció Lablache ocupar el puesto de su condiscípulo, y á pesar de que era completamente extraño al manejo de aquel instrumento ejecutó su parte con resolucion y aplomo. Este improvisado triunfo no le convirtió en instrumentista; prefirió siempre el



Luis Lablache.

cion del jóven alumno motivó el real decreto que viene observándose desde entonces, y que prohíbe á los empresarios contratar discípulos de las escuelas sostenidas por el Estado sin autorizacion especial, so pena de incurrir en la multa de dos mil ducados, y de tener que cerrar el teatro durante quince dias.

Cuando completó sus estudios entró en el teatro San Carlino de Nápoles para desempeñar los papeles bufos: tenia diez y ocho años de edad, y con la misma categoría pasó al año siguiente (1813) al teatro de Messina que abandonó al poco tiempo para ingresar en el de Palermo como primer bajo cantante. Su reputacion cundió al momento por todos los teatros de Italia, y la administracion de La Scala de Milan no tardó en llevárselo, haciéndole firmar la correspondiente escritura. En Sicilia se habia dado á conocer en la ópera de Pavesi, *Marco Antonio*, y Milan lo aplaudió con estrépito en el papel de Dandini, de la *Cenerentola* de Rossini. Despues de Milan, pasó al teatro Real de Turin, regresó á La Scala, se trasladó luego á Venecia, y finalmente, salió de Italia en 1824 para cantar en Viena, donde oscureció á todos los demas artistas. Produjo en la capital de Austria tal sensacion, que fué causa de que sus admiradores acuñasen una medalla en conmemoracion de sus triunfos.

Despues de doce años de ausencia regresó á Nápoles para cantar en el gran teatro de San Carlos. El rey Fernando I, que lo distinguió mucho en Viena, lo habia nombrado, despues del Congreso de Laybach, cantante de su real capilla. El repertorio rosiniano era el que entonces tenia mayor prestigio en el mundo músico, y como Lablache rayaba á la misma altura en el género serio que en el bufo, era el ídolo del público siempre que cantaba el papel de Assur, de *Semiramide*; el de Podesta de la *Gazza Ladra*; el de Dandini de la *Cenerentola*; el de Figaro del *Barbiere di Siviglia*, y otros no menos importantes del mismo repertorio.

canto, y sus deseos de salir al teatro le condujeron á verificar una escapatoria para contratarse en uno de los teatros de segundo órden de la capital. Esta deser-

Podesta de la *Gazza Ladra*; el de Dandini de la *Cenerentola*; el de Figaro del *Barbiere di Siviglia*, y otros no menos importantes del mismo repertorio.

En el año 1830 se dió á conocer Lablache en Paris, eligiendo para su *debut* el papel de Gerónimo del *Matri-monio segreto*, de Cimarosa. Desde entonces, y alternando segun las estaciones, entre Paris y Lóndres, perteneció siempre al famoso cuarteto en que figuraban la Grissi, Rubini y Tamburini. Sabido es que al retirarse Rubini de la escena ocupó su puesto Mario, y todos reunidos han hecho las delicias no solamente de las capitales de Francia é Inglaterra sino de Rusia, donde este año se lamentaban de la irreparable pérdida del que no ha sido ni es fácil sea reemplazado.

El papel de Enrique VIII de *Anna Bolenna*, tan dramático y fuertemente acentuado, era uno de aquellos en que mas brillaba Lablache, para quien el de Oroveso de *Norma* ha sido tambien uno de los mas adecuados. Sabido es que *I Puritani* de Bellini se estrenó en Paris en 1836, desempeñando sus respectivos papeles la Grissi, Rubini, Tamburini y Lablache. No fué este último el que menos contribuyó al éxito de tan bellísima obra.

L'Elisir d'amore de Donizetti, *la Prova d'un ópera seria* y otras que dejamos de citar, adquirian mayor importancia cuando figuraba en ellas Lablache, que habiendo sido siempre muy grueso llegó á disfrutar una obesidad poco comun. Esta circunstancia le hizo abandonar la parte de Figaro en el *Barbiere di Siviglia*, para crear y dar gran realce al de don Bartolo que desde entonces fué uno de los papeles en que mas se distinguió. Mas tarde esa misma obesidad motivó la creacion de *Don Pasquale* que Donizetti escribió expresamente para Lablache.

La voz de este afamado artista era de gran poderío y excelente timbre, y como Lablache habia hecho serios y profundos estudios en el arte del canto, sacaba inmenso partido de sus privilegiadas facultades y vocales. El conjunto de su figura era imponente y noble, así es que el espectador prescindia de aquella mole y admiraba en Lablache al eminente actor y cantante. En todas las óperas que hemos citado hemos visto á Lablache en sus mejores tiempos y en los últimos años de su carrera. El efecto que nos produjo en todas ocasiones queda indeleble en nuestra mente, y no es fácil se borre mientras conservemos algun recuerdo de lo pasado.

Deja un hijo, apreciable cantante, aunque muy distante de su padre. Tambien hay un método de canto que lleva su nombre. Mencionemos, por último, las prendas morales de un artista que, aplaudido como pocos en la escena, mereció como hombre privado el aprecio y la alta consideracion de cuantos le trataron.

Revista de Paris.

Paris sufre este invierno mas cruelmente que otros años los efectos de la gripe, tan desastrosos para los salones. Las personas que dan soirées se encuentran en una ansiedad terrible. Ninguna sabe si podrá contar con sus convidadas, y en Paris un salon que no se encuentra bien atestado de gente es un motivo de sonrojo y aun de humillacion para la señora que da la fiesta. Por lo regular cuando un individuo entra en una sala casi vacía, trata de ingeniar para huir de ella lo mas pronto posible. Los elegantes que llevan en el bolsillo cuatro ó seis esquelas de convite, van recorriendo las casas, y no se fijan en una reunion hasta que ven en ella un crecido número de personas.

Uno de estos jóvenes aficionados á las reuniones bien compactas entraba noches pasadas en un salon donde contó diez y seis concurrentes.

— Sin embargo, he distribuido trescientas esquelas, le dijo con acento triste la señora de la casa.

Nuestro hombre se quejó de la gripe, y aunque la retirada no es fácil cuando hay tan poca gente, logró evadirse un momento despues.

De allí fué á otra tertulia donde halló vacío el salon, y en el gabinete encontró por junto diez y ocho personas.

De estas la mayor parte eran ancianos y damas de una edad muy respetable; los jóvenes estaban en minoría, y era casi imposible formar una contradanza.

El recién llegado se detuvo en el umbral de la puerta con un asombro mal disimulado. La dueña de la casa le dijo en alta voz:

— Ya ve Vd. los efectos de la gripe; trescientas cincuenta personas habia yo convidado para esta noche.

— Lo mismo le ha sucedido á la señora de X.... de cuya casa vengo ahora.

— ¿No ha tenido mas suerte que yo?

— No seguramente, y se me ocurre una idea.

— Diga Vd.

— ¿Permite Vd. que presente una proposicion?

— Sí, sí, hable Vd. pronto.

— Creo que con ustedes y las personas que he visto en la otra casa se podría formar una reunion poco numerosa aun, pero suficiente, pues habria medio de bailar una contradanza. Propongo pues que vayamos todos á casa de la señora de X., que vive cerca de aquí; los carruajes están á la puerta; yo presentaré á los desconocidos, y pasaremos la noche. — Este es mi pensamiento.

— Adoptado por unanimidad, dijeron todos.

Y cinco minutos despues las dos reuniones se hallaban confundidas y celebraban su fusion improvisada tan acertadamente con una contradanza en que figuraban siete parejas.

Otra señora del gran mundo que designáremos con la inicial N..., se hallaba tambien estos dias en un grave apuro, y para salir de él llamó con urgencia á un abogado notable de Paris, y uno de los hombres mas serios que tiene el foro.

El abogado acudió corriendo, y la señora de N... le recibió

en su sala donde la acompañaban una media docena de visitas.

— ¿Qué ocurre? preguntó. ¿Tiene Vd. un pleito con su marido? ¿Se trata de una separacion?

— No por ahora, el asunto es distinto. Me encuentro en un compromiso del que solo Vd. puede sacarme.

— Sabe Vd. que estoy á sus órdenes.

— Ya tiene Vd. conocimiento de que pasado mañana por la noche habrá una funcion teatral aquí, en este salon.

— Sí señora, lo sé porque Vd. me ha hecho el honor de convidarme á ella.

— Como espectador, pero es preciso tomar una parte mas activa. Figúrese Vd. que uno de mis actores encargado de un papel importante, se halla atacado de una gripe muy fuerte, y no podrá venir; adios mi funcion si no encuentro un hombre de buena voluntad que le reemplace.

— ¿Y ha pensado Vd. en mí para que le busque?

— Amigo mio, he pensado que Vd. puede sustituir al actor que nos falta tomando el papel vacante.

Al oír esta proposicion el abogado puso el grito en el cielo; ¡un hombre como él hacer comedias! ¿Qué escándalo!

La dama contestó que la comedia casera contaba entre sus intérpretes los hombres mas graves; que entre sus compañeros hallaria magistrados, diplomáticos y académicos; que además la concurrencia seria escogida y poco numerosa, y por último que era un favor que le pedian ella y todos sus amigos encarecidamente.

El abogado tuvo que rendirse á tan buenas razones; tomó el papel, le estudió, le ensayó y le ejecutó con una gracia que hubo de valerle, y con justicia, una buena cosecha de aplausos. Lo particular es que el papel en cuestion pertenecia al repertorio cómico mas exagerado.

Si los salones donde se baila y se representan piezas teatrales se ven tan desolados con la enfermedad á la moda, ¿qué no sucederá en aquellos que están consagrados mas especialmente al piano y al canto? No hay artista de sociedad que no tenga la gripe, un programa de concierto es este invierno en Paris cosa irrealizable. El piano hace el gasto solo, y se suple la romanza indígena con arreglos hechos para el piano de las grandes obras de música instrumental de Haydn, Mozart y Beethoven. La música clásica está muy á la moda en los salones parisienses. Es de supremo buen tono extasiarse al oír una melodía de un gran maestro alemán, y ay ¡del que no proclame que es una música sublime! al punto tiene ganado un diploma de ignorancia. No criticamos por cierto esta inclinacion hacia esa escuela que es, á nuestro juicio, no la primera, sino la única que llena todas las condiciones de la música instrumental; pero parecen que en el piano y en un salon de Paris las divinas melodías de Haydn y las grandes combinaciones armónicas de las sinfonías de Beethoven no se hallan en su terreno propio; el piano suple muy mal los instrumentos melódicos, y en una reunion de la elegancia parisiense está excluido ese recogimiento indispensable para saborear las profundas y filosóficas bellezas que encierran esas obras alemanas. Pero en fin, es la moda.

Entre tanto todo lo que es italiano se admira cada vez menos. Los franceses hallan monótonos á Donizetti y á Bellini; de Rossini apenas comprenden mas que el «Guillermo Tell» que escribió para su gran teatro de la Opera, y en cuanto á Verdi la gran mayoría del público ilustrado conoce poco aun sus inspiraciones. La ópera italiana no es en Paris lo que en los demás pueblos del mundo, un espectáculo al que todos asisten mas ó menos; aquí es una cosa exótica que se deja á los extranjeros y á cierta clase elevada de la sociedad que concurre porque es de gran tono. Para esto hay dos razones: la primera que los franceses no entienden el italiano, y ellos desean siempre oír bien las palabras; y la segunda, — esta es la principal, — que creen tener una música propia. Ellos solos lo creen en el mundo; pero lo cierto es que su música les basta.

De aquí resulta que únicamente en los salones de los extranjeros que viven en Paris se oyen cantar piezas del repertorio italiano. En los de Rossini, que son de los mas notables por las celebridades que en ellos se reúnen, se dan conciertos brillantísimos; los primeros artistas de la Ópera Italiana, los grandes instrumentistas que en la temporada de invierno abundan en esta capital, se disputan el honor de producirse en casa del maestro. Inútil es decir que los programas están bien escogidos; poco de compositores del día, la mayor parte de las piezas que se tocan y cantan son de autores antiguos. Rossini tiene una gran predilección por Mozart, su rival en genio.

La otra noche se contaba en casa de Rossini esta anécdota que trasladamos aquí, aunque es ya de fecha atrasada. — El 27 de enero último un pobre piamontés cargado con un organillo entraba en el patio de la casa donde vive Rossini, que es la que forma la esquina del boulevard y la calle de la Chaussée d'Antin.

Media hora el pobre músico ambulante estuvo sacrificando en su instrumento el repertorio rossiniano.

Por segunda vez comenzaba la serenata del «Barbero,» cuando dos personas salieron de la casa, un joven de bigote rubio y un hombre de edad avanzada, que era el maestro.

Este se acercó al tocador de organillo mientras buscaba en el chaleco la moneda que queria darle, cuando se le ocurrió la idea de hacerle esta pregunta:

— ¿A qué no sabes de quién es esa música que estás tocando?

— Demasiado lo sé.

— ¿De quién?

— Del maestro de todos los maestros... del gran maestro Rossini.

— ¿Y la pieza anterior?

— De Rossini, y las otras lo mismo, todas de Rossini. Hoy no toco mas que cosas de Rossini, y ahora que estoy bajo sus balcones no escogeria otra música que la suya cuando he venido aquí justamente para darle una pobre serenata.

— ¿Una serenata á Rossini? ¿Y por qué razon?

— Porque hoy es el 27 de enero, el cumpleaños de Rossini.

El maestro al oír esta contestacion se enterneció en lo vivo. Dos lágrimas brillaron en sus ojos, y volviéndose á su compañero exclamó:

— Este pobre tocador de organillo es el único que se ha acordado de mi cumpleaños; todos mis amigos han olvidado esa fecha y yo tambien.... Creedme si gustais; he obtenido grandes triunfos en mi vida, pero ninguno de ellos me ha llegado tan al alma como este recuerdo de un desgraciado.

Y el maestro sacó de su bolsillo una moneda de oro de cien francos, y la entregó al pordiosero, que se quedó atónito con tan buena fortuna.

En tanto que Rossini se alejaba por el portal, el joven dijo al músico:

— ¿No has conocido al que te ha dado esa moneda de oro?

— No.

— Pues es Rossini.

— ¡Dios mio! es Rossini, exclamó el piamontés.

Y corriendo en pos del maestro le besó con trasporte en la levita y le dijo:

— Muchas gracias, maestro; para mí esta moneda no es dinero, es una medalla que conservaré toda mi vida.

La comitiva de la reina de Uda ha dejado en Paris ciertos recuerdos relativos á su vida interior, muy propios para desvanecer muchas ilusiones. Cuando se nombra un rey de la India, al punto se piensa en el lujo mas deslumbrador que puede existir en el universo. Cada cual se figura al soberano sentado en medio de un paraíso de piedras preciosas, de perfumes, de bayaderas, de todas esas voluptuosidades que parece pueden expresarse mejor con el pincel de un pintor colorista que con el auxilio del diccionario de la lengua.

Aun el destierro y la pérdida de su poderío no quita todo el prestigio á esos soberanos despojados por los ingleses; pues si bien la Gran Bretaña les quita el poder, los deja como consuelo sus pedrerías, sus vestiduras de oro y sus bayaderas.

Pero preciso es decir que este lujo está mas bonito en sueños que en la realidad. Esos magníficos indios tan brillantes, tan ricos de colores, tan esplendentes, están mejor vistos á larga distancia.

Una disputa bastante animada que el príncipe Mirza ha tenido antes de marchar de Paris con la dueña de la fonda Laffite donde se alojó la reina de Uda con su servidumbre, ha venido á revelar que los indios conocen muy poco la limpieza. Mientras permanecieron en la fonda, las damas de honor de la reina y los señores de su comitiva vivian sobre las alfombras; en ellas se sentaban, hablaban, dormian y guisaban de comer, arrojando por todos los rincones las cáscaras de las legumbres y las sobras de sus comidas.

Pero no es todo aun; conocida es la destreza de los indios, y si no, díganlo sus jugadores de manos que podrian dar lecciones á los del mundo entero. En su país emplean ordinariamente esta destreza para sus necesidades particulares, y lo mismo hicieron en la fonda Laffite.

Cuando perdian ó olvidaban las llaves de las cómodas, de los armarios ó de las puertas, en vez de buscarlas, les parecia mas sencillo descerrajar las cerraduras con la punta de su puñal ó de su kandjar, lo que consumaban en todas las ocasiones con una destreza maravillosa.

Todo esto no se verificó sin que los muebles y las cerraduras quedaran en el peor estado. Las piezas ocupadas por los indios tendrán que sufrir una reparacion completa antes de que otros huéspedes puedan habitarlas.

La dueña de la fonda exigió que la pagaran los gastos de esta reparacion indispensable; ellos dijeron que la suma pedida era exagerada, y hubo de nombrarse un perito, quien despues de examinar los lugares declaró que se necesitaban lo menos quince dias para volver á poner las habitaciones en un estado decente.

En suma, el príncipe Mirza y su comitiva tuvieron que pagar además de su cuenta 3,000 francos de indemnizacion para los gastos susodichos. — Debemos decir tambien que los indios ocupaban treinta cuartos, esto es, la mayor parte de la fonda.

Los periódicos de Paris se han apresurado á copiar de un periódico americano una noticia importantísima para las damas. Hé aquí que en adelante las señoras podrán llegar á los cuarenta, cincuenta y sesenta años sin ningun temor, pues haciendo uso de una receta maravillosa, reconquistarán la juventud, y como por encanto volverán á entrar en la primavera de la vida. Esta receta es conocida de las mujeres de las Indias occidentales; parece ser que cuando una de ellas nota que los ardores del sol han transformado el cutis de su rostro en un becerro negro, cambia de piel inmediatamente. Oigamos las explicaciones de la operacion que nos da el diario americano:

«Recoge con cuidado la pulpa exterior de la nuez de un fruto perteneciente al anacardo (*semicarpus anacardium*) y se frota con ella la cara. Es un corrosivo que tiene la propiedad de ennegrecer y de hinchar las carnes. — Hasta aquí la receta no es muy seductora, pero esperemos el resultado. — Durante cuatro ó cinco dias las mejillas permanecen hinchadas y se declara una especie de erisipela que hace caer la epidermis; en este momento las mujeres están horribles y se mantienen inaccesibles á toda mirada humana. Pero quince dias despues ¡qué compensacion! se ve operada una metamorfosis completa. Una nueva piel, tan rosada, tan trasparente como la de una criatura recién nacida ha reemplazado el viejo cutis; el milagro está consumado. — ¿qué son cinco dias de dolores y quince de retiro absoluto cuando se trata de recobrar la hermosura despues de haberla perdido hace treinta años?»

Efectivamente es poca cosa, y no dudamos que las damas de los países civilizados pondrán en uso la portentosa receta que el periodista de Nueva York ha encontrado en las Indias occidentales.

MARIANO URRABIETA.

PAVIA.

DRAMA ANATOMICO (1) EN SEIS ACTOS Y UN PROLOGO.

Este drama debía ser representado solamente por pavos. La dificultad, no de hallarlos en Madrid, sino de vencer su modestia para hablar en público, ha sido causa de no ponerlo en escena. Si en algun teatro de provincia cuentan con pavos intrépidos, quedan autorizados para ejecutarlo cuando gusten. Entre tanto, ahí va un fragmento para que el público saboree sus bellezas.

ACTO SEGUNDO.

La plaza Mayor de Madrid llena de puestos de naranjas, granadas, etc.; á lo lejos se oyen los armoniosos ecos de las chicharras de Santa Cruz, varias manadas de pavos repartidas por el escenario en actitud de dolor y abatimiento.

PIANO.

Déjame, padre, aquí del mundo lejos
Entre turrón, piñones y naranjas;
Deja que el pico en tu azulada pluma
Recline, y vierta lágrimas amargas.
Yo la adoré con el amor de un ave;
Juntos vimos pasar la alegre infancia,
Y aunque sobran los pavos en el mundo,
Nueve prendas de amor me dió mi pava.
¡Ay! ¡Todos los perdí, todos!

PLUMON.

A verlos

Tal vez no volverás: sus carnes blancas
Acaso entre sus dientes hizo trizas
Hombre voraz ó melindrosa dama! (Piano llora.)
No llores, no, los pavos jamás lloran;
Que el llanto fuera en ellos mengua y mancha.
Yo también como tú sufriendo palos
Vine á Madrid la Navidad pasada,
Y abandoné mis hijos y mi esposa,
Y el verde suelo de mi cara patria.
Yo también como tú, puesto á la venta,
Hollé los adoquines de esta plaza,
Y en los robustos hombros de un gallego
Colgado por los pies corrí cien casas.
En una ví... ¡qué horror! de dos hijuelos
Segar rudo cuchillo las gargantas,
Y arrancando sus plumas una á una
Registrar palpitantes sus entrañas.
Aun se eriza mi cola: vilos yerros
Colgados al balcon en una escarpia...
Y ¡oh familia económica! un pedazo
Les iban á cortar cada mañana.
Humeantes sus carnes sobre un plato
En mar hirviendo de amarilla salsa,
¡Bárbara! olía los queridos huesos,
Haciendo gestos melindrosa gata.
¡Horror! ¡horror! en rico escaparate
Con que L'Hardy su inspiracion proclama
Entre cristales como el aire limpios
Mi pobre esposa contemplé trufada...
Ella por fin halló rico sepulcro
En barrigas de noble aristocracia;
Pero mis hijos los tragó un cesante
Sin perdonar siquiera una piltrafa.

PIANO (interrumpiéndole).

¿Y os trufaron á vos?

PLUMON.

¿Cómo, si vivo

PIANO.

Padre, tenéis razon, no me acordaba.
¿Cómo pudisteis escapar?

PLUMON.

Por flaco.

Nadie quiso prendarse de mi estampa,
Y me mandaban á correr cocinas
Tejiéndome las plumas de las alas.
Así volví á poder del que me trajo,
Y á nuestra choza encaminé las plantas
Donde abracé á Pavia, esposa tuya,
Hija del corazon que hoy me arrebatan.

PIANO.

¡Padre! ¡padre! ¡callad! ¡suerte maldita!!!
¿Porqué no estoy yo flaco y ella flaca?

PLUMON.

Y sin tales horrores, ¿cómo diera
Vuestra vida argumento para un drama?

PIANO.

Teneis razon, y el alma se me parte
(Que tengo alma pavuna, tierna y blanda)
Al recordar que mis amadas prendas
Tal vez hirvieron en cazuela infausta.
¡Oh! pero ved allí... cerca del cielo
Ved de aquella boardilla en la ventana
Un pálido cadáver... ¡es de un pavo!
¡Horrible herida el cuello le traspasa!...
¡Oh! todos los difuntos se parecen;
Pero la sangre y el amor me hablan;
¡Es ella! ¡es ella!... y su postrer suspiro
No me trajeron las ingratas auras,
Ni pude ver su postrimer instante,
Ni recoger sus últimas miradas.
¡Oh! dejadme... la muerte, ó darla un beso;
Dejad, dejadme...

PLUMON.

Nos observan, callan.

ESCENA XX.

Un gallego atraviesa el escenario con una capacha llena de verduras y una pava colgando de ella, sujéta por las patas. Al llegar á los dos pavos se detiene para encender un cigarro, y ellos reconocen á Pavia.

PIANO (con indecible tristeza).

¡Ay! ¿eres tú la cándida
Consorte que algun día
De pavo amor dulcísimo
Llenaba el alma mía?

PAVIA.

Sí, sí, yo soy, los pérfidos
Me llevan á morir.

PIANO.

¡Y he de ver cual péndola
Colgada de esa cesta,
Amorata y livida
La purpurina cresta!
No, no, yo quiero impávido
Tu suerte compartir.

PAVIA.

No con lamentos fútiles
Lloreis mi desventura,
También vosotros próxima
Teneis la sepultura;
Pronto al humano estómago
Descendereis los dos.
Mas al rendir exánimes
El postrimer aliento,
Mandadme por el céfiro
Siquiera un pensamiento:
Será mi muerte plácida.

(El gallego ha encendido el cigarro y echa á andar; Pavia exclama con inmenso dolor, alejándose de su padre y su marido:)

Y... ¡adios!... ¡adios!... ¡adios!!!

(Los pavos quedan consternados é inmóviles; cae el telon, y el público aplaude con entusiasmo y pide que salga el autor.)

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Varada definitiva del «Leviatan.»

El *Leviatan* fué botado al agua felizmente entre doce y tres de la tarde del día 31 de enero, y en la actualidad se encuentra amarrado en frente del arsenal de Deptford. Creyóse al principio que la varada se verificaría el día 29, y hasta llegó á estar todo dispuesto para el acto, pero parece que los operarios se pronunciaron contra el proyecto de botar al agua un buque en un «día de mal agüero,» así es que la varada se aplazó para el siguiente en que el mal estado del tiempo hizo necesaria una nueva dilacion. El sábado por la mañana desde muy temprano todo se encontraba ya preparado, pero soplaban un viento oeste, y al medir su fuerza sobre el costado del buque, resultó que era tres veces mayor que la fuerza de presión que debía emplearse; por consiguiente fué necesario desistir por entonces, pues era muy probable que el coloso se hubiese encallado en su embestida en vez de quedar á flote.

Sin embargo, en la mañana del día 31 las cosas presentaron mejor aspecto. La copiosa lluvia que habia caído durante la noche habia hecho cesar enteramente el viento oeste, reemplazándole una brisa que venia casi directamente del norte. El día se fué despejando rápidamente hasta convertirse en una verdadera mañana de primavera, con muy poco ó ningun viento, mientras que por otra parte la pleamar prometia ser de las mas abundantes. A las doce, M. Brunel se hallaba en su puesto en el astillero dirigiendo las máquinas hidráulicas; el capitán Harrison se encontraba sobre el puente del buque con la bocina en la mano, regulando la fuerza de presión, en tanto que las cuatro máquinas de vapor, pegadas al costado del buque, dejaban escapar su poder superfluo preparándose para medir sus fuerzas contra el inmenso é inerte poder de su colosal competidor.

Desde este instante las operaciones adquirieron un palpitante interés. El *Leviatan* tenia debajo de la quilla unos once piés de agua cuando se le aplicó la primera fuerza impulsiva, y todo el mundo observaba con la mayor ansiedad los movimientos del empleado que media y anotaba los progresos del buque. Anunciáronse sucesivamente doce, trece y catorce piés cuando cada nuevo golpe que los arietes descargaban sobre el buque producía un nuevo y considerable adelanto. Todas las miradas permanecían fijas sobre el coloso, y á los catorce piés, notándose un ligero movimiento en la popa, los espectadores del astillero se pusieron á gritar con todas sus fuerzas: «Se mueve,» «flota.» Las cuatro máquinas de vapor que se habian colocado al costado del buque empezaron ahora á funcionar, y por algunos momentos pareció como si sus fuerzas estuviesen á punto de agotarse, mientras que el enorme buque parecia poco dispuesto á ceder á sus esfuerzos. Empero su aparente tranquilidad no pasaba de ser una

mera ilusion óptica de parte de los espectadores. El buque se habia movido y se estaba moviendo, y un instante despues las grandes vigas que formaban su lecho erapezaron á asomar sucesivamente su cabeza sobre el agua como una bandada de puercos marinos; la gente que habia en el astillero, la que cubria la orilla opuesta y la de los botes estacionados en el río arrojó un viva entusiasta y espontáneo cuando la bandera de contraseña izada en la proa anunció que el *Leviatan* estaba enteramente á flote.

Cualquiera hubiese creído que despues de los muchos desengaños que habia sufrido, el público estaria ya fatigado, y que el desenlace definitivo de las operaciones de la varada se hubiera efectuado en una comparativa soledad. Pero no sucedió así. Tan luego como las personas que tenian el privilegio de permanecer á bordo del buque pudieron apartar su vista de la pendiente para dirigirla en torno suyo, vieron que el río estaba cubierto de filas de lanchas, que en ambas orillas del Támesis habia una multitud compacta, y que todos los pequeños vapores que hacen el tráfico del río venian llenos de pasajeros. La animacion era extraordinaria, y los vivos simpáticos, atronadores y universales como nunca los habiamos oído. Parecia que el público miraba el gigantesco buque como una propiedad nacional, y como un acontecimiento nacional tambien el éxito de su varada.

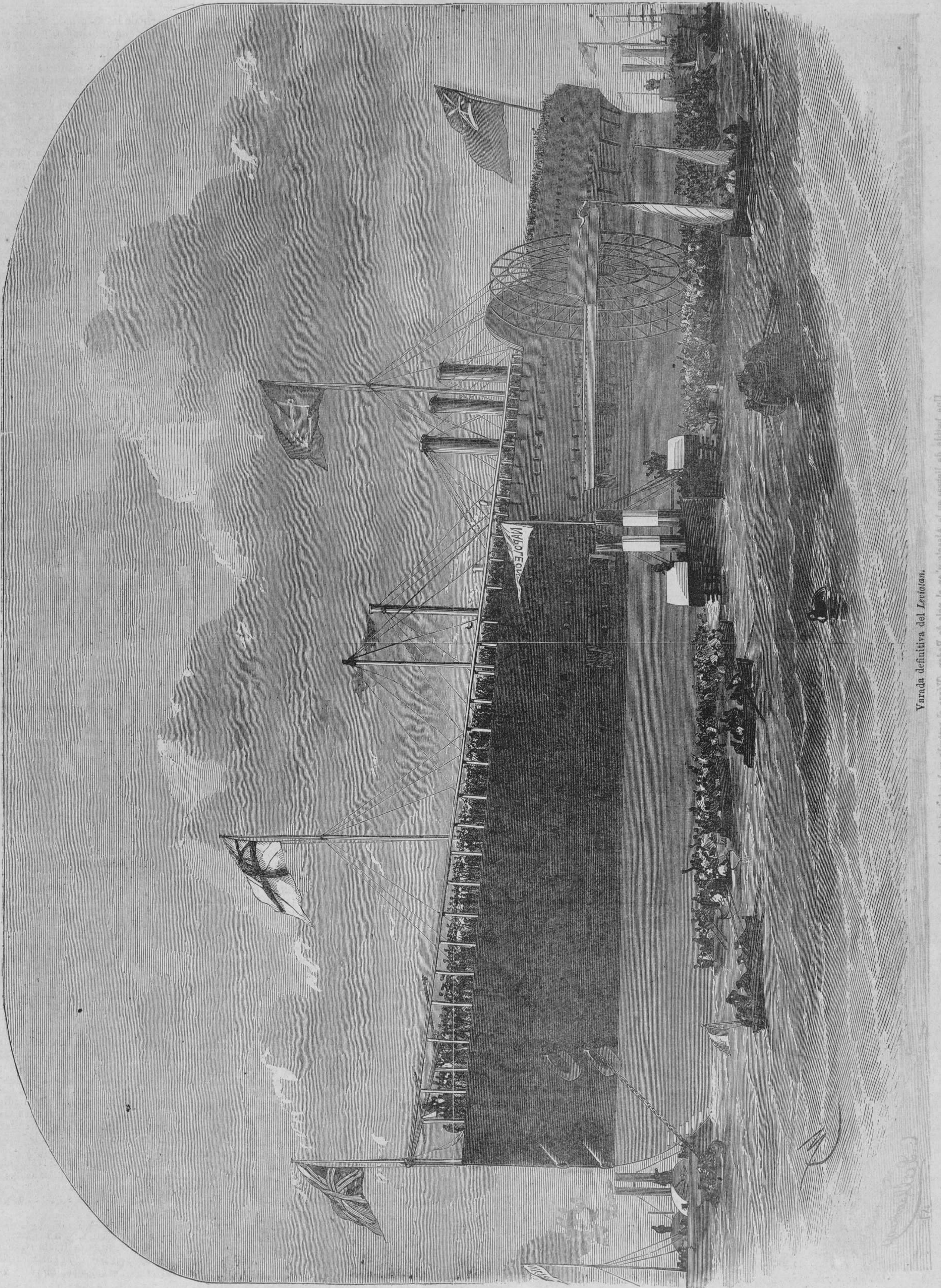
Todas las operaciones marcharon con la mayor facilidad desde el principio, y solo ocurrió en ellas una pequeña interrupcion que paralizó por algunos momentos los progresos del buque. Mientras que marchaba majestuosamente de frente, obediendo á la fuerza de los cables que lo remolcaban, una de las falúas que habia servido para sostener las amarras del río se enredó en una de las palas de sus ruedas, y esto, como una piedra sobre un camino de hierro, lo puso todo en desórden por algunos instantes. Centenares de hombres empujaban y tiraban gritando contra la terca falúa, pero todo en vano, hasta que al fin el capitán Harrison con la bocina pronunció su sentencia, diciendo: «Echadla á pique.» Oyóse en seguida el ruido del hacha, y en un momento el obstáculo que interrumpió por tan corto tiempo la marcha del buque desapareció debajo del agua. Entre tanto, casi todos los que habian estado ocupados activamente en el buque permanecian á su bordo ansiosos del honor de acompañarlo en su primer viaje, aunque fuese solamente á través del río. M. Hope, presidente de la Sociedad, juntamente con su hermano y varios amigos suyos, se encontraban en la proa. En seguida que la desaparicion de la falúa permitió anunciar á los que la habian echado á pique que el buque estaba libre de toda traba y que se encontraba enteramente á flote, el presidente se dirigió á M. Brunel, y estrechándole la mano afectuosamente, le felicitó por el buen éxito de su colosal empresa. M. Yates, secretario de la misma Sociedad, cuyos esfuerzos han contribuido tanto á obtener este buen resultado, recibió las mas vivas felicitaciones de sus numerosos amigos, y casi es superfluo añadir que el capitán Harrison, instalado en su mando con la bandera de la Union en la popa, el estandarte de Inglaterra ondeando en el palo mayor y su contraseña en la proa, fué tambien objeto de numerosas congratulaciones.

Con dificultad se habrá visto una cosa mas general que el sentimiento de satisfaccion manifestado en esta ocasion, ni nada mas sincero que los deseos universalmente expresados de que la carrera tan felizmente inaugurada sea tan larga como próspera. El marqués de Stafford, lord Dufferin y M. Bentinch acudieron bastante temprano y se encontraban á bordo cuando el buque fué varado, siendo de los primeros que felicitaron á M. Brunel. M. C. J. Stewart, director de los caminos de hierro del noroeste y de Lóndres, se encontraba tambien sobre cubierta, y además se veian allí un gran número de caballeros mas ó menos interesados en empresas científicas ó náuticas. El fotógrafo M. Honlett estaba en su puesto á bordo completando su serie de vistas del *Leviatan*, y M. Howie y M. Evans, superintendentes de policia, el primero del barrio de la Torre de Lóndres y el segundo del Támesis, se hallaban tambien presentes prestando importantes servicios, ora advirtiendo á los curiosos demasiado atrevidos, ora manteniéndolos á la distancia conveniente para que no pudiesen recibir daño alguno.

Tenemos un singular placer en terminar esta relacion manifestando que la varada se ha verificado sin haber ocurrido un solo accidente. A pesar de que era la hora de la pleamar, que el tráfico del río no se habia interrumpido por un momento, que la superficie del río presentaba una masa compacta de botes, y que en la cubierta del *Leviatan* habia un gentío numeroso, nadie recibió el mas ligero rasguño. Aunque las grandes vigas que formaban la cuna ó pendiente del buque salian rápidamente una tras de otra á la superficie con la fuerza de proyectiles, no sucedió nada á ninguna de las muchísimas lanchas estacionadas en el río, resultado que se debe á la actividad de M. Yates, quien con un considerable riesgo personal se colocó con su bote en el sitio del peligro, haciendo retroceder á los que se acercaban demasiado.

El *Leviatan*, que se movió á la una y cuarto, estaba enteramente á flote á las dos y media, y á las tres se deslizaba tranquila y majestuosamente hácia su fondeadero de la orilla de Surrey, en frente del astillero de Deptford. Despues de amarrado, el coloso calaba 16 y 1/2 piés de agua por la popa y 14 por la proa; la profundidad de su fondeadero en la baja mar será de diez y nueve piés. — (Daily News.)

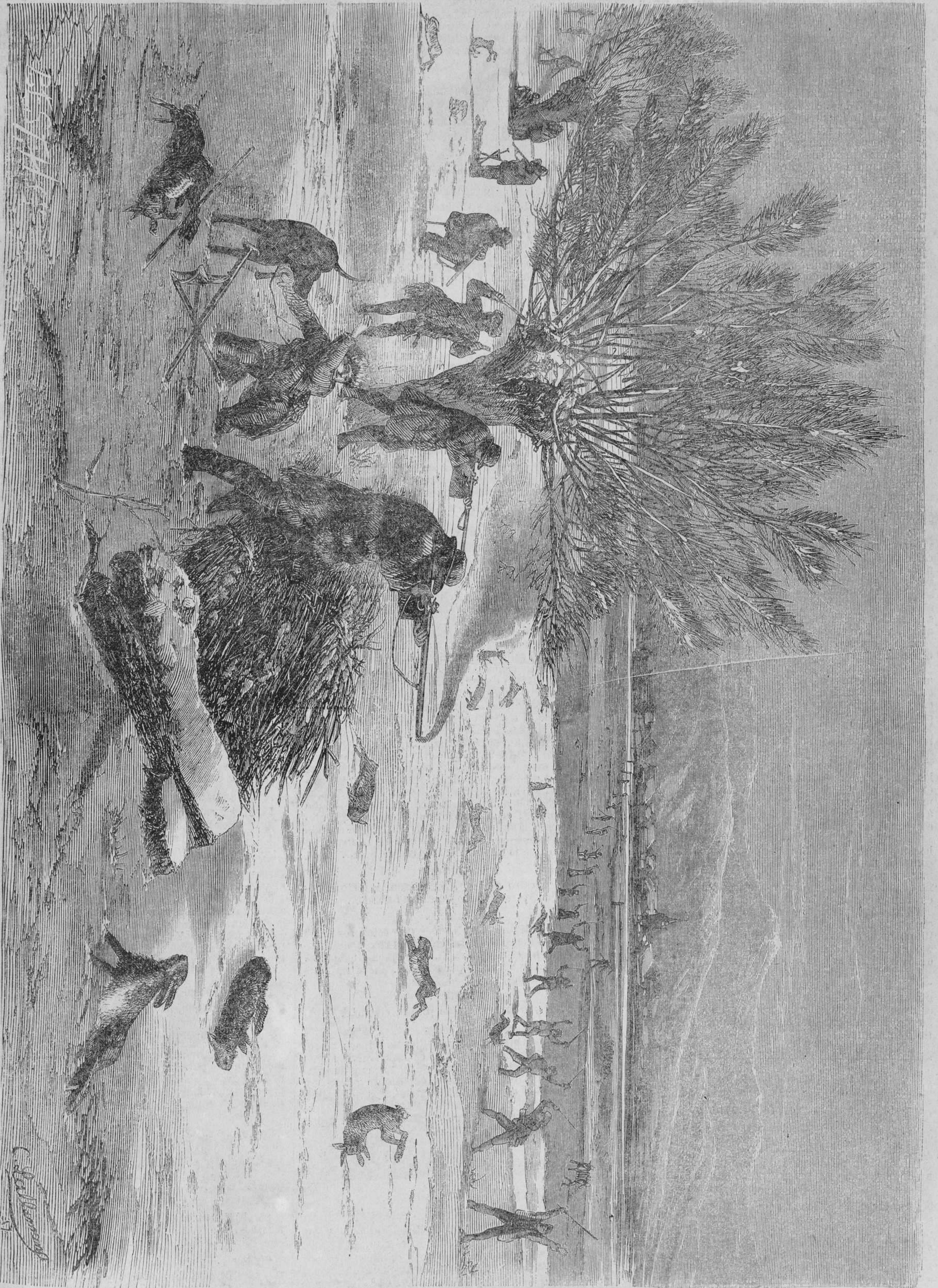
(1) Le llamo anatómico porque en el último acto hace un cocinero la autopsia de todos los interlocutores.



Varada definitiva del Levitán.

(Cotacunga en el fondo al ser observado en el momento de la salida del vapor.)

17



Una batida de liebres en la Alsacia y en el país de Baden. (Véase el artículo en la página siguiente).

Castellanos

Las cacerías en Alsacia y en el país de Baden.

UNA BATIDA DE LIEBRES EN LA LLANURA.

En la Alsacia y en el país de Baden es tan abundante la caza, que necesariamente debe recurrirse de tiempo en tiempo á las grandes batidas tanto en los montes como en las llanuras. En los montes ofrecen la ventaja de la variedad de la caza, pero también el cazador apostado solo distingue una pequeña parte del campo de batalla; oye los tiros sin poder juzgarlos, y el golpe mejor solo puede apreciarse de oídas, de lo que resulta que se cree mas ó menos á los héroes de la fiesta.

En la llanura sucede lo contrario. La decoración solo está limitada por el horizonte; todos los actores se hallan en escena, y aquí no hay reputación de habilidad sin pruebas positivas. Todos los golpes se ven y son aplaudidos ó silbados. Reina pues la igualdad mas perfecta. Entre los cazadores no hay categorías, no hay otra superioridad que la de la destreza en el tiro. Hasta los ojeadores se toman la libertad de gritar ¡bravo! á los tiros certeros, y de murmurar por cada liebre que echan á los cazadores y que estos tuvieron la torpeza de dejar escapar.

Una batida de liebres se hace ordinariamente en una llanura de media legua cuadrada. Por tres de los lados se encuentra cercado ese espacio por cuarenta ó cincuenta cazadores que se ocultan detrás de los árboles ó en los accidentes del terreno. Por el cuarto lado se adelantan unos cien ojeadores, mozelos de doce á quince años apasionados por el oficio que gritan en todos los tonos, alzando sus garrotes, y flanqueados por algunos guardas que dirigen el movimiento.

La batida comienza. Oyense los primeros disparos. Las liebres mas desconfiadas quieren salirse del recinto mortífero y pagan con la vida su audacia. Otras mas prudentes se mantienen en medio. Para juzgar la posición se ponen en dos patas como el perrillo que está de centinela, estiran las orejas y miran por todas partes. Sin duda tratan de distinguir entre todos aquellos enemigos que las rodean cuáles son los tiradores torpes, y preciso es confesar que á veces los adivinan; en este caso atraviesan el cercado por entre los novicios.

No obstante, cuando carecen de esta perspicacia, sin saber qué camino tomar, dan vueltas en medio del llano, corren por filas de seis ó siete, reciben algunos perdigones que vienen de lejos, y por último alzándose otra vez sobre sus patas, se figuran ver una salida libre y se precipitan en esa dirección. Pero apenas llegan á la altura de la línea de los tiradores, un cazador práctico se descubre á diez pasos de ellas, las apunta con serenidad, y ora retrocedan espantadas, ora atraviesen la línea, se oye una detonación y una perdigonada las deja muertas.

Sin embargo, los ojeadores se adelantan. Su línea se acerca mas y mas á la línea de los cazadores; ya solo están á trescientos metros. Entonces la emoción llega á su colmo. Se han oído unos cien disparos; los cazadores cargan, tiran y vuelven á cargar. Las liebres pierden la cabeza, y comienza la última escena, la matanza general. De cincuenta á cien liebres están ahí en medio de ese pequeño espacio buscando una salida: el fuego continúa, los ojeadores se aproximan aullando; por fin las liebres se deciden, atraviesan la línea fatal y entonces todas las escopetas se dirigen á ellas; el mayor número cae para no levantarse jamás, otras van á morir á cien metros mas lejos, y por último algunas consiguen escapar sanas y salvas.

En otro tiempo las grandes batidas en las llanuras se hacían cuando había mucha nieve. Entonces se veía como las liebres llegaban de lejos; había que esperar mas, y por consiguiente la emoción era mas grande. Hoy en Francia las batidas en llanura están prohibidas en tiempo de nieve, para que no se agote la caza.

En Alsacia las batidas mas notables son las que se hacen en las tierras de M. Humann. En Duppigheim (bajo Rhin) mataron en un solo día 333 liebres. En el ducado de Baden en Kappel, M. Voelker permite á sus convidados que maten hasta seiscientos liebres en dos días.

En cuanto á las desgracias no son tan frecuentes como podría imaginarse. Los cazadores tienen experiencia; nunca tiran en línea: al principio de la batida tiran en el recinto, cuando los ojeadores están lejos todavía. — En otro artículo daremos algunos detalles sobre las batidas en monte.

REDENCION.

POR M. OCTAVIO FEUILLET.

(Conclusion.)

MAGDALENA.

Perdonadme mi curiosidad; pero no concibo lo que un hombre como vos habria podido hallar en mí.

MAURICIO.

¿ Soy ciego, Magdalena? ¿ Qué criatura en el mundo se vió dotada como vos, sin reserva, sin medida, de todos los hechizos que pueden cautivar á un hombre? ¿ Hay una gracia que os falte?... Si la eterna juventud tomara una forma mortal, tendríais una hermana, Magdalena, pero una rival, ¡ no!... Hé ahí lo que habria podido amar en vos... hé ahí lo que he maldecido muy á menudo... ¿ Era por despecho, era por celos?... Lo ignoro; pero en presencia de esa creación tan perfecta y tan ingrata, tan divina y tan decaída, al ver ajados y

arrojados al viento sin misericordia tantos dones que solo os servían para ofender al que quiso prodigároslos, experimenté á veces por vos un sentimiento parecido al odio... por esto han podido escaparse de mis labios algunas palabras amargas respecto de vos...

MAGDALENA.

¿ Sois devoto?

MAURICIO.

Tengo principios religiosos y creo en el deber.

MAGDALENA.

¿ Me reconocisteis en la iglesia?

MAURICIO.

No en el primer momento; pero despues supe quiérais.

MAGDALENA.

¿ Qué pensásteis iba yo á hacer allí?

MAURICIO.

Nada. Ibais á cambiar de aire.

MAGDALENA.

Efectivamente. (Se levanta y anda por el cuarto.—Despues de una pausa:.) Y si quisiera cambiar de vida, ¿ qué diríais?

MAURICIO.

No me sorprenderia que os hubiese ocurrido tal idea. Llega un tiempo en que las mujeres honradas sufren la tentación del mal, y en cambio las otras tienen sus crisis de virtud; pero perderse es mas fácil que salvarse, y esos caprichos de honradez no son mas que comedias que divierten un momento.

MAGDALENA, poniéndose de repente delante de él.

Y si os amara yo, Mauricio, ¿ sería también comedia?

MAURICIO.

Quizá.

MAGDALENA.

Y si me viérais cargada de vergüenza y de pesar por faltas menos graves y menos numerosas de lo que suponéis... ¿ diríais que todo es comedia?

MAURICIO, en voz baja y triste.

No sé.

MAGDALENA.

Sois duro.... sois injusto.... (Se apoya en el respaldo del sillón donde está sentado Mauricio.) No teneis idea ninguna de mi vida... no hay un gran mérito en ser una mujer de bien cuando la mujer ha sido educada en una buena familia.... por una buena madre.... La mía era gitana, gitana de veras que corría por los lugares representando sainetes... tenía muchos celos de mí y me pegaba cuando me aplaudían: hé ahí las primeras lecciones de moral que recibí... salvo las otras que son por el estilo... He nacido en las tablas, nunca leí otra cosa que comedias, ni gramática, ni catecismo. Si no soy la última de las ignorantes y de las mujeres perdidas lo debo únicamente al temple de mi alma.... A fuerza de paciencia he aprendido lo poco que sé, pues el día en que ví claro en la vida, Mauricio, conocí que para no morir desesperada no me quedaba mas que un refugio, el talento, la reputación, la gloria quizá!.... Pensaba que esto bastaría, que esto podría reemplazar todos esos dones que son el patrimonio de todas las mujeres y que la suerte me ha negado á mí, la intimidad de la familia, los dulces hábitos del hogar doméstico, los dolores benditos de las madres... Mauricio, me habia engañado; nada... nada reemplaza todo eso... No podeis figuraros, amigo mio, lo que siento aquí cuando veo á una madre que lleva á su hijo de la mano, y cuando veo que la gente la sonríe con respeto...

MAURICIO.

Si habla vuestro corazón, Magdalena, injusto he sido, es verdad, y os suplico que me perdoneis...

MAGDALENA.

¿ Lo dudais, Mauricio? ¿ No veis que estoy rendida? Hace ya largo tiempo que esa tempestad ruge y me amenaza. Al fin ha estallado.... Sí, hace mucho tiempo.... pero continuaba viviendo por rutina... ahora no puedo mas. (Se sienta.)

MAURICIO.

Magdalena, es una crisis que pasará, creedme.

MAGDALENA.

No, no, tengo que detenerme aquí, no importa cómo. Si no, merecería la opinión que os habeis formado de mí, tendria que llenar á fuerza de locuras y de infamias el abismo que veo abierto delante de mí... Si un hombre de bien no me tiende la mano, se acabó todo... estoy perdida, perdida sin remedio... No debo disimular con vos, Mauricio, respondedme con lealtad: ¿ que-reis amarme? ¿ Podeis amarme?

MAURICIO.

¿ Hablais seriamente?

MAGDALENA.

No lo dudeis, Mauricio.

MAURICIO.

Escuchadme pues: la idea de llevar al bien á una mujer extraviada y digna de amor, es de todas las ilusiones la mas común quizá, la mas generosa y la mas ilusoria. A menudo se acomete la empresa que á menudo también concluye con una carcajada. Comprendo la inutilidad de esos esfuerzos, porque no ignoro cuántas condiciones serian necesarias para llevarla á buen fin; no ignoro cuánta ternura, cuanto valor y bondad

debería encontrarse para esto en el corazón de un hombre, y cuánta resolución y grandeza de alma debería hallarse en el de la mujer; no me hago ilusiones; este amor de redención es un sueño, es casi un imposible. Además, yo soy egoísta, y he comprado bien caro mi egoísmo para que quiera desprenderme de él con facilidad; le he pagado con tantas noches de insomnio, tantas amarguras, tantas lágrimas, que tengo derecho para escudarme con él con una especie de orgullo, sin abandonarle en favor de nadie. Ahora bien, amarnos sería entregarme de nuevo para siempre quizá á las agitaciones y á las borrascas de que apenas acabo de salir, y Dios sabe cómo... Y sin embargo, Magdalena, para salvar ó solo para impedir que se degrade todavía el alma privilegiada que resplandece en vuestros ojos, para conservarla digna de esa forma adorada, encantadora, que tengo en mi presencia, intentaría lo imposible, me abandonaría al sufrimiento... me entregaría á esa obra de amor con entusiasmo.... consagraria á ese deber... ¿ qué digo?... á esa pasión cada uno de mis pensamientos, cada latido de mi corazón... Sí, Dios sabe que nada me detendría, que nada me haría vacilar ni palidecer en el umbral de esa vía, dolorosa quizá, pero sublime, si no debiera seguirme por ella paso á paso un eterno fantasma — ¡ la desconfianza!

MAGDALENA.

¡ Gran Dios! ¿ No me creéis?

MAURICIO.

No os creo, y por eso no puedo amaros.

MAGDALENA.

¡ Despues de lo que he dicho! ¿ Pero qué interés me suponéis en engañaros? ¿ Qué puedo esperar de vos?

MAURICIO.

Lo ignoro: os resisto y quereis que ceda; es una tentación mas en vuestra vida. En fin, habeis tenido amantes, ¿ qué les decíais?

MAGDALENA.

Nada de lo que os he dicho.

MAURICIO.

He oído repetir á un hombre que ha sido vuestro amante, que en la intimidad sois una mujer muy sentimental... ¿ Qué le decíais á ese?

MAGDALENA.

¡ Ah! Mauricio, si os amo, ¿ cuánto debo sufrir!

MAURICIO.

¡ Magdalena!

MAGDALENA.

No merezco ese ultraje. (Despues de una pausa.) ¿ Cuánto daría por ser la Margarita que habeis amado y que ha muerto llorada por vos... ¿ Con que no me creéis nunca?... ¡ Ah! Mauricio, si en realidad hay otra vida y allí nos encontramos, os arrepentireis... Entonces conoceréis que os digo la verdad.

MAURICIO.

Teneis razón, pobre mujer. Solo cuando la muerte hay pasado sobre nosotros, no quedará duda ninguna ni sobre vuestro amor, ni sobre ninguna cosa. (Se levanta.) Que esta escena sea verdadera ó fingida, os hace tanto daño como á mí.

MAGDALENA, echándose á reír.

Ja, ja, ja, sois una peña. No me lo habria figurado nunca. Pues bien, ahora que todo está concluido, os voy á decir que no sois tonto, no os engañarán las mujeres. Y con esto, buenas noches, ó buenos días, pues si no me engaño, ya resplandece la aurora. ¡ Oh!... mi garganta se abrasa... Doce horas hace que estoy hablando... bebamos.

(Se acerca á un velador, toma un vaso y le llena de agua. Mauricio se pone á hojear un libro que está sobre la chimenea; Magdalena le ve en un espejo. Saca de su seno el pomito de Zafara, le vacía en el vaso, y luego le esconde con precipitación; entonces se vuelve á Mauricio con el vaso en la mano.)

MAGDALENA.

¿ Quereis beber, Mauricio.

MAURICIO, dando un paso hácia ella.

Sí, venga.

MAGDALENA, riendo y acercando el vaso á sus labios.

No, no, os mandaré traer agua con azúcar. Este es un medicamento para las cólicas. (Se bebe el vaso de una vez, Mauricio corre á ella, la coge la mano y clava la vista en sus ojos. Magdalena añade sonriendo con delirio.) He bebido la muerte: ¿ me crees ahora?

MAURICIO.

¡ No es la muerte, es la vida, es el amor, es tu salvación.... ¡ Te amo! (Magdalena con los ojos fijos le mira sin comprenderle.) Yo estaba en casa del judío, lo sé todo... cogí el veneno durante la cena... lo que has bebido no es nada.

MAGDALENA, lanzando un grito.

¡ Ah! ¡ Mauricio! ¡ salvado!... (Cae desfallecida sobre un sillón.)

MAURICIO, inclinándose hácia ella.

Sí, te creo, ¡ te amo!... Une para siempre mi mano con tu mano, mi alma con tu alma.... Nada temas.... Ninguna esposa recibió jamás de un hombre al pie de un altar mas respeto, mas fe que ahora te consagra tu amante á la faz del cielo. (Las facciones de Magdalena se alteran por grados.) ¡ Animo... querida Magdalena!

MAGDALENA, con voz débil.

No, no, Margarita... soy tu Margarita adorada... (Se desmaya.) (Cae el telón.)

CARTA.

Al señor Miller, cura de San Esteban.

«Creo en Dios, en su bondad, en su poder y en su misericordia.» MAGDALENA.»

El Rey y el Hombre.

(Conclusion).

Lejos de aprovechar la ignorancia para regir mas desembarazadamente á los pueblos, nada procuró Carlos III con mayor diligencia que la propagacion de las luces, y por nada se hizo mas digno de que se venere su memoria y se le denomine padre de sus vasallos. Amante del progreso de artes y letras, espléndido patrono de la agricultura, la industria y el comercio, tenía pasión verdadera por la construcción de edificios; y tanto, que su antiguo ministro el marqués de Esquilache solía decir igualmente: *A este señor le ha de arruinar el mal de piedra.* Todo lo que fuera destruir se oponía diametralmente á su genio. Al construirse en 1768 el camino de Madrid al Pardo, previno que se economizara mucho el derribo de encinas, y plazoleta de escaso ensanche de óse rodeada de ellas, y con una en el centro, como señal de haberse obrado segun queria. ¡Pobre arbolillo! (acostumbraba á exclamar viéndole de paso) ¡quién te defenderá despues que yo muera!

Primeramente Carlos que rey, usaba por frase favorita, y en demostracion de entender que su dignidad suprema no le eximia de los deberes cuyo exacto cumplimiento ennoblecía la conducta de los particulares. Reconcentrada la soberanía en príncipe tan excelente, sus virtudes se reflejaban en los ministros, y contribuían sobremedura á la felicidad de España. Su ejemplo dió realce á la buena fe, á la gravedad de costumbres y á la hidalguía característica de los españoles desde antiguo.

Bajo cualquier aspecto que se le examine, hay que pronunciar respetuosamente su nombre: se nos presenta como genuina expresion de la hombría de bien, el buen sentido y la piedad sincera; y cuanto mas despacio se le estudia, mejor razon se halla para repetir con voces de dias pasados y de los actuales: «El que tuviese un amigo como Carlos III, en quien depositar su corazón y á quien pedir consejo, se creeria muy dichoso, y le iria á buscar continuamente... Carlos III fué en el trono lo que, siendo vasallo, hubiera querido que fuera su monarca... Entre los reyes de España de los tiempos antiguos y modernos, ninguno la ha gobernado quizá con mayor acierto que Carlos III... Isabel la Católica y Carlos III hubieran hecho una de las mejores parejas de reyes de la tierra.»

Grande serenidad de espíritu le animaba, y su corazón religioso la ponía mas en relieve, y por tanto ni le fascinaban las felicidades, ni le abatían los infortunios. Con todo, á los últimos años de su existencia se le acumulaban los pesares, turbando las delicias de que gozaba con el florecimiento de su monarquía. Sensible á la ternura de la amistad como era, despues de echar de menos las visitas que le hacia don Picardo Wall anualmente, viniendo á Aranjuez desde el Soto de Roma, cuando le alegraba la paz obtenida con no despreciables provechos, faltáronle casi de golpe la correspondencia semanal de Tanucci y la inseparable compañía de Losada. Pasajero por demás fué su regocijo por el nacimiento de los dos gemelos, sus nietos, fallecidos antes de salir de la cuna. Tras del contento que le originaron los dobles enlaces entre su familia real y la portuguesa, sobrevinole el dolor de perder al infante don Luis, su hermano, y de experimentar la ingratitude de su hijo Fernando, el monarca de las Dos-Sicilias. Una especie de testamento político acababa de formular con la *Instrucción reservada á la Junta de Estado*, redondeando, por decirlo así, la obra insigne de su reinado venturoso, y le acibararon el gusto las agitaciones producidas por el decreto de honores militares. Lleno de satisfacción escuchaba el memorial de su ministro el conde de Floridablanca, atestigüando los hechos con las *hiperbólicas y enérgicas frases de que era el Evangelio cuanto contenía*, y hubo de interrumpir la lectura, porque de repente se le multiplicaron las penas.

A 8 de octubre de 1788 trasladóse la corte, segun costumbre, del real sitio de San Ildefonso al de San Lorenzo, hallándose la infanta portuguesa doña María Ana Victoria entrada ya en meses mayores: dias despues dió á luz su segundogénito, nombrado Carlos José en el bautismo: de sobreparto la atacaron viruelas, y murió de resultas el 2 de noviembre, antes de cumplir la florida edad de veinte años. No mas que siete dias sobrevivió el recién nacido, y once el infante don Gabriel, que, á impulsos de la ternura de esposo amante, se había contagiado, no apartándose de su lecho. Aunque de espíritu levantado, Carlos III era hombre, y no pudo sobreponerse á tanto menudear de desventuras. De trastrochar sintióse resfriado, y guardó cama un solo dia, el primero desde que reinaba en España. ¡Gabriel ha muerto! ¡Yo le seguiré pronto! exclamaba transido de angustia. Sus hijos rodeáronle de contemplaciones y le suplicaron que se viniera á Madrid sin demora; por encargo de ellos interpuso Floridablanca para lo mismo sus instancias, discretamente como sabia, y representándole sobre el temple despacible de aquel sitio, los efluvios violentos que vagueaban por todo el palacio y

la tristeza funeral de sus habitaciones. «Déjate de eso, Moñino (le contestó el rey serenamente). Pues qué, ¿no sé yo que dentro de pocos dias me han de traer, para hacer una jornada mucho mas larga, entre estas cuatro paredes?»

Segun todos los años, la corte vino desde San Lorenzo á Madrid el dia primero de diciembre, y el rey macilento de rostro y muy quebrantado de fuerzas. Todavía, á ruegos de sus hijos y allegados, salió de campo alguna tarde; pero sin poder echar de sí, ni distraer un solo instante, la melancolía de su alma, hasta que la noche del 6 hubo de recogerse mas temprano que de costumbre con bastante tos y calentura, que se declaró inflamatoria. Sin esperar nada de los socorros del arte, sometiése á ellos, por desempeñar esta obligacion como todas las de su vida. Agravándose la enfermedad, insinuáronle los médicos de cámara, no sin las prevenciones comunes en semejantes casos, la conveniencia de que recibiera el Santo Viático el dia 13 por la mañana. «Estos (dijo el rey á Pini) van creyendo que me han dado una gran pesadumbre: gracias al Señor que no es así: hace quince dias que me estoy preparando para este, que no esperaba. ¿Qué dejo yo para que sienta morir, sino cuidados, penas y miseria? He hecho el papel de rey, y se acabó para mí esta comedia. Dí que me traigan luego al Rey de los reyes, aunque no soy digno de tan Divina visita, y cuida de que me den la bendicion papal y la Santa Úncion antes de que me prive, aunque espero en Dios que esto no me suceda.»

Su pro-capellan mayor el patriarca don Antonio Semanar administróle aquel Sacramento, llevándole de la real capilla entre el príncipe, los infantes, jefes de palacio, gentileshombres y otros personajes, todos de gran gala. No se vió mas semblante sereno que el del soberano en la sacratísima y edificante ceremonia; y concluida, aun se traslucieron vestigios de su jovialidad característica, hablando con el duque de Bourgoín, ministro de Francia, á propósito de entrar un artífice á dar cuerda á los relojes de su cuarto. *Embajador (le dijo), estos son como los médicos, que con lo que hacen, echan á perder lo que está bueno.*

Aquella tarde le llevaron los cuerpos de san Isidro y santa María de la Cabeza. Su nuevo confesor fray Luis Consuegra, pues el antiguo había muerto nueve dias antes, le iba dictando oraciones, y el monarca las repetía con sano ánimo, claridad y ternura. *Pida V. M. al Santo (clamaba el religioso) que interceda con Dios nuestro Señor para que le conceda la vida temporal, si nos conviene.* Y alzando el rey, al punto que lo oyó, sus ojos, ya mustios, dijo con entereza: *La vida espiritual y eterna pido.* A ruegos suyos se le administró la Extrema-Úncion á las cinco de la misma tarde.

¿Qué, creías que había yo de ser eterno? Es preciso que paguemos todos el debido tributo, dijo á Floridablanca, viéndole que no podía reprimir el llanto, cuando le llevó á formalizar el testamento, en que prohibía expresamente que su cadáver se embalsamara, y daba la última prueba de su inagotable caridad para con los pobres. *¿Porqué os afligis, hijos míos, si es necesario que yo muera?* dijo amorosamente al príncipe y los infantes, echándole su postrera bendicion con trémula mano. Por extremo sencillas y conceptuosas son estas palabras dirigidas al que le iba á suceder en el trono: «Carlos, hijo mío: te encargo que cuides de la religion cristiana; de todos mis vasallos, y principalmente de los pobres: de todos mis hijos, y en especial de mi hija María Josefa.»

A la hora de todos los dias dió el santo: de manos del nuncio Visconti, arzobispo de Corinto, recibió la bendicion papal en su cabal conocimiento, y conservóle hasta el último suspiro. Ya iba á exhalarlo, y el confesor le exhortaba de esta manera: *Señor, pida V. M. á Dios el perdón de sus pecados.* Y reanimándose un instante, como la llama que va á extinguirse, repuso: «Sí, padre; eso estoy haciendo: espero que el Señor me haya perdonado, no por mis méritos, sino por los de Nuestro Señor Jesucristo.» Así leemos que mueren los justos; así pasó Carlos III de esta vida á las doce cuarenta minutos de la madrugada del 14 de diciembre de 1788, y treinta y siete dias antes de cumplir setenta y tres.

Apostrofando á los príncipes un varon eminente para que cumplan la obligacion de atraer la prosperidad y la abundancia sobre las naciones á cuya cabeza les colocó el Omnipotente, y no se distraigan de su cumplimiento, y cierren los oídos á las sugestiones de la lisonja y á los encantos de la propia vanidad, y no se fascinen con el esplendor que les rodea y el aparato de poder que les incumbe, clama finalmente: «Mientras los pueblos» afligidos levantan á vosotros sus brazos, la posteridad» os mira desde lejos, observa vuestra conducta, escrib» be en sus memoriales vuestras acciones, y reserva» vuestros nombres para la alabanza, el olvido ó la execracion de los siglos venideros.» Voz que sonaba tan enérgica y tronadora se esparcía en loor de Carlos III á los últimos de su vida.

Cuando la posteridad juzga á los reyes, no oye mas testigo que el amor de los pueblos: del que profesaban á Carlos III los españoles dieron inequívocas muestras, regando con lágrimas su sepulcro, y transmitiendo unánimes y de padres á hijos la reverencia á su memoria, y aplicando uniformemente á sus tiempos la calificacion de felices.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Las siemprevivas.

No hay persona un poco curiosa que no se haya preguntado alguna vez al ver tantas coronas arrojadas

sobre los sepulcros, dónde crece la planta que da esa florecilla cuyas hojas menudas son mas brillantes que el oro y la seda. Suelen hallarse en los jardines, cuidadas en el invierno como una rareza exótica; pero en los jardines son escasas, y nadie puede suponer que las coronas que se ven por todas partes sea el producto de un cultivo difícil; — algunos, sabiendo que esta planta es llamada *Helicrysum orientale* por los botánicos, concluyen que proviene del Oriente; pero ¿es de la Grecia, de la India ó la China? En todo caso estos se engañan, pues el cultivo y el comercio en grande de la siempreviva se hace en el territorio francés.

Por su excelente posicion geográfica la Francia ofrece un su parte meridional un rincón de la Italia y un rincón del Africa. Si el lector quiere hacer con nosotros un corto viaje por dos ó tres departamentos del Mediodía, se convencerá de ello, al propio tiempo que podrá ver campos enteros cubiertos de millones de siemprevivas. Entonces sabrá de dónde provienen esas flores tan abundantes en los cementerios de las grandes ciudades del Norte.

A la entrada del departamento de Vaucluse principia la region francesa, italiana por el cielo, por la vegetacion, por la forma y el aspecto azul de las montañas, por las ruinas romanas, por los recuerdos históricos, por el carácter arquitectónico de las habitaciones, por la lengua y las costumbres.

Cuando sale el convoy del ferro-carril de las rocas de Mornas, se ve la tierra cubierta de olivares, de almendros y de higueras. Las encinas se muestran á cada paso; las calzadas están guarnecidas de retama de España. No se atraviesa un arroyuelo sin que se vean altos canchales. El ciprés y el granado abundan. En Orange un arco de triunfo y un resto incomparable de teatro romano se presentan á la derecha, en tanto que á la izquierda el horizonte se termina en una magnífica aglomeracion de montañas almenadas que domina el monte Ventoux.

Al acercarse á Aviñon, la silueta del palacio de los papas y muchos campanarios llaman la atencion del viajero. Un cuarto de hora despues se descubren el castillo del rey René de Tarascon y el de Beaucaire, admirables por el color dorado de sus antiguos torreones.

Arles, un poco mas allá, puede considerarse por sus antigüedades como un pedazo de Roma. En Saint-Chamas saludamos á corta distancia otro monumento romano, el puente Flaviano. Aquí el *ulex maritimus*, que cubre las laderas pedregosas; y luego el *atriplex halimus* que sirve para levantar cercados, y la abundancia de los pinos marítimos anuncian la proximidad del mar.

Despues de haber pasado el subterráneo del Nerthe, que tiene 4,625 metros, el mar aparece en todo su esplendor. A la salida de ese famoso tunel la vegetacion itálica se muestra aun por varios arbustos notables. Las montañas que se atraviesan para llegar á Toulon, no ofrecen hasta Ollioules otra particularidad de vegetacion. Los estrechos desfiladeros que hay que pasar antes de llegar á la aldea de ese nombre, son muy célebres. Conocida es su belleza pintoresca; pero diremos que en la Provenza y en el bajo Langüedoc hay accidentes de rocas mas extraordinarios que las gargantas de Ollioules; únicamente no se conocen porque están ocultos en sitios casi inaccesibles, en tanto que por medio de esas gargantas atraviesa una carretera imperial.

Al dejarlas se entra en un nuevo clima que puede llamarse africano. El territorio está muy bien cultivado para que pueda tener un aspecto general muy pintoresco. Exceptuando algunos trozos de murallas de un viejo castillo y una antigua capilla sin techumbre, Ollioules no ofrece ningun atractivo para un pintor; sin embargo, á cinco ó seis kilómetros al sur, lo que queda sobre la cumbre de un promontorio de la aldea de Six-Fours puede ofrecerle bonitos asuntos. Verá en lontananza Toulon, el Seyne, el mar, y en primer término iglesias ruinosas, murallas cubiertas de yedra y laureles que salen de los escombros que por todas partes cubren la tierra.

Por lo demás, si el pais poblado y cultivado es poco pintoresco, presenta en cambio un gran interés por su vegetacion. En Ollioules los huertos están llenos de naranjos; en todos los caseríos *philotacas* grandes como castaños, y los laureles llegan á las techumbres. El alcaparro sale por las grietas de las paredes al lado del aloe y de las palmeras. Los senderos que conducen al campo tienen en sus orillas mirtos y *agnus castus*. Por último, si se distingue á lo lejos un árbol de un verde muy oscuro, es un algarrobo.

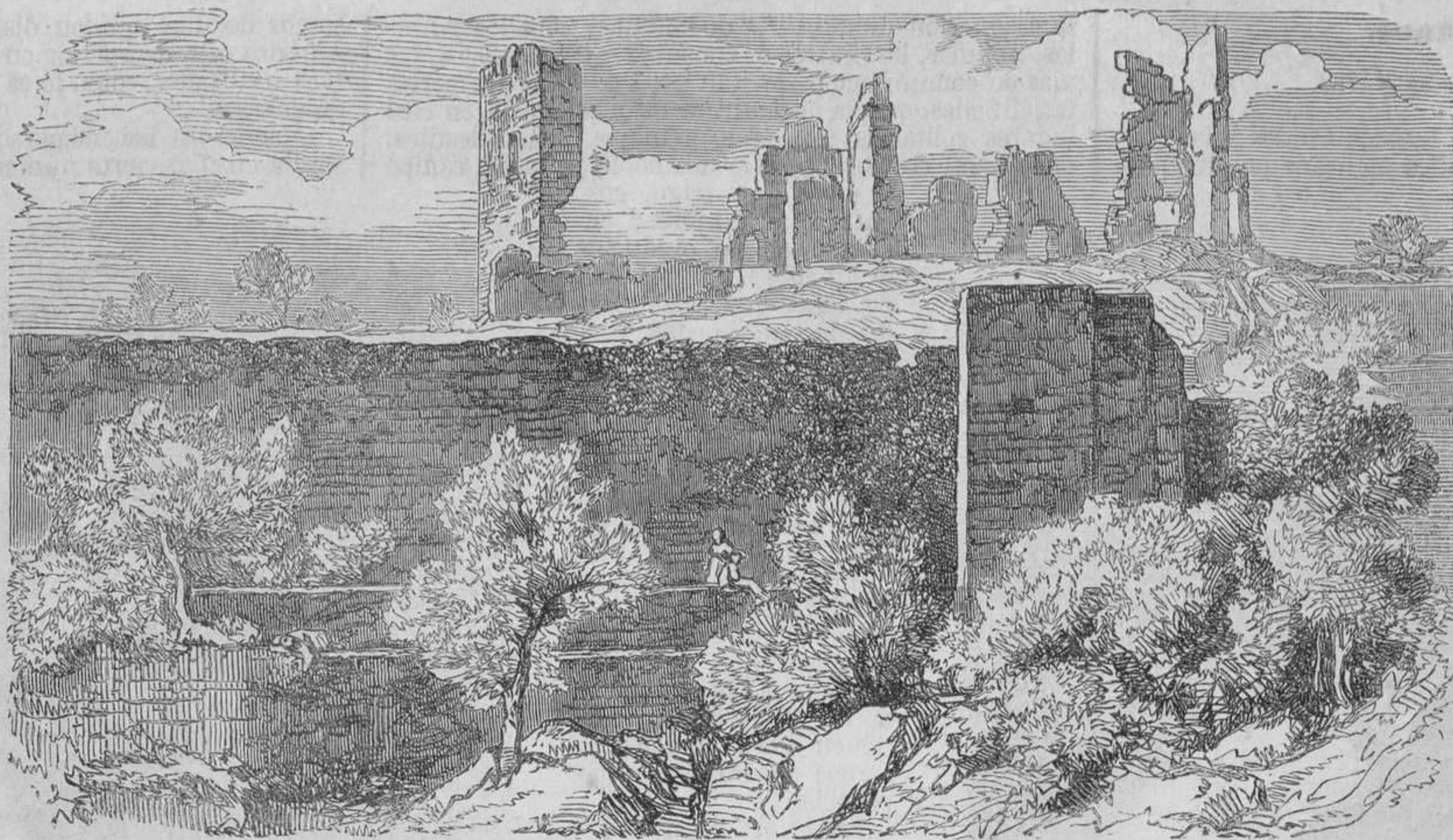
Con unas condiciones de clima tan favorables, el terreno es precioso y se utiliza cuidadosamente.

En los sitios elevados y áridos, en la poca tierra que alimenta ya tantos olivos, hallamos la siempreviva. — Una pequeña especie de esta hermosa planta (el *helicrysum stachas*) que se la parece mucho en la forma, si no en el tamaño, crece comunmente en los puntos mas secos del bajo Langüedoc y de la Provenza. Estas pobres plantas cuyo tallo está cubierto de pelusa, viven en un sequío casi absoluto, y solo temen la humedad; así se encuentran muy lejos del Norte, del pais de la lluvia y de las nieblas.

La hermosa especie con que se hacen las coronas, dicen los libros de botánica que crece espontáneamente en la isla de Creta y en Africa. En Ollioules se asegura que fué traída al pais en 1815 por un jardinero llamado Dagnan que sacaba un partido excelente de su cultivo y propagacion. De esa época cercana de nosotros puede datar quizá su cultivo en grande, pero la planta estaba conocida y cultivada por los aficionados mucho tiempo antes, y se halla descrita con toda exactitud

en el *Prodomos* de G. Bauhin publicado á principios del siglo XVI; este botánico aplica á la misma planta una descripción dada por Dioscórides. Hoy el *Prodomos* de Decandolle contiene 215 especies de *helicrysum* de las cuales la mayor parte viven en el cabo de Buena Esperanza. Ninguna especie se ha observado nunca en América. Las del Cabo, notables por sus colores brillantes y sedosos, son traídas á veces por los viajeros como un objeto de curiosidad.

Pero volvamos á Ollioules, que no es por cierto el único país de esa pequeña zona africana donde la siempreviva sea objeto de un cultivo importante. Los pueblos próximos de Saint-Nazario y de Ban-



Cultivo de la siempreviva en el mediodía de la Francia. — Restos del antiguo castillo de Ollioules.

dol las producen en grandes cantidades. Se plantan ramas en junio que echan raíces con una facilidad sorprendente. A principios de la siguiente primavera, esto es, en febrero se colocan á una distancia de 50 centímetros una de otra, y cubren con estos plantíos todos los espacios de terreno que quedan libres entre los troncos de los olivos. El primer año el producto de flores es escaso, el segundo es el más abundante, el tercero la cosecha disminuye sensiblemente, y después de haber recogido la del cuarto que es muy débil aun, se arrancan las plantas viejas que se reemplazan con nuevas ramas. M. Pichaud, el más conocido de los que traficau



Recolección de la siempreviva.

con esta flor, planta cerca de 40,000 ramas por año para renovar sus cultivos.

La recolección se hace en junio antes de que el botón haya perdido, abriéndose, su bonita forma; entonces se hacen ramos provisionales con las flores y se cuelgan para que se sequen: si se amontonara la flor estando húmeda se echaría á perder todo. Luego las mujeres y los niños se emplean en quitar la pelusa que cubre el tallo de la siempreviva, y concluida esta operación, se ponen en nuevos ramos que se venden lo menos 15 céntimos, y lo más 30 céntimos. Se cuenta el producto de la cosecha por cajas que contienen cada una cien ramos; así un propietario dice: he hecho ciento ó ciento cincuenta cajas de siemprevivas.

La cosecha de todo el cantón puede elevarse á 5,000 cajas, lo que



Mujeres de Ollioules haciendo coronas de siemprevivas.

da un producto por término medio de 80,000 francos. La mayor parte de estas flores vienen á Paris. Lion consume muchas igualmente; la Rusia hace pedidos regulares; pero las flores más selectas van á Burdeos, donde sin duda se hace un comercio de exportación. Muchas de estas flores se tiñen de colores diferentes. No toda la cosecha se manda en cajas. En Ollioules se confeccionan muchas coronas. Cuando se han recogido las naranjas y los higos, cuando las alcaparras se hallan encerradas en bodegas llenas de vinagre, cuando ya no quedan granadas, ni avellanas, ni almendras, las mismas manos de mujer que habían recogido y cuidado todos esos preciosos productos de la comarca se ocupan en tejer las coronas con que los vivos adornan las sepulturas de los difuntos.

Los llanos.

LOS CABALLOS SALVAJES.

Entre las fronteras de los Estados Unidos y las provincias pobladas de la república mejicana por una par-

la producción de animales de cuernos, caballos y mulas. Además, los centros de consumo están tan lejos, las vías de comunicación son tan escasas y los trasportes tan difíciles, que la agricultura no presentaría en esos lugares solitarios más que ventajas insignificantes. Cada cual siembra para sí mismo su pequeño campo

somos de una opinión distinta. El caballo salvaje de América es tan superior en inteligencia al de los pueblos civilizados, como lo es en hermosura, en fuerza y en energía.

Cuando un hacendado quiere poblar sus praderas, suelta en ellas cierto número de garañones con un nú-



Combate de caballos salvajes.



Caballo aislado atacado por los lobos.

de maíz y de trigo, sus frutas y legumbres; en cuanto a los productos destinados al cambio, han de tener lugar en vida a fin de que puedan transportarse por sus propios pies, sin dificultades y sin gastos hasta los mercados más lejanos de la república.

Hay cortijos que producen anualmente hasta sesenta mil caballos. Este número puede parecer exorbitante; sin embargo, no es exagerado si se considera que la mayor parte de las haciendas (y no son las más grandes) tienen hasta doscientas leguas cuadradas de superficie.

Fácil es comprender que tanta cabeza no pueda meterse en caballerizas ni en lugares cercados. Los animales disfrutan en ese país de una libertad plena y entera, viven en el estado salvaje. Sin embargo, no pueden hallarse enteramente abandonados de la vigilancia del hombre, pues siempre es preciso prodigarles esos cuidados indispensables sin los cuales no prosperarían ni producirían nada. Ha habido que inventar pues el modo de guardar un

te, y por la otra entre las dos cadenas laterales de las Cordilleras, se extienden los Estados del Nuevo Méjico, de Chilmahua y del Nuevo Leon. Estas comarcas no ofrecen ni en su clima ni en la configuración de su suelo nada que recuerde las comarcas meridionales de Méjico. Excepto algunos valles donde se han aglomerado las poblaciones, y que todos corren del Norte al Sur ó del Sur al Norte hacia las dos orillas de Rio Grande, todo lo restante del país no es más que un vasto desierto donde apenas se encuentra al cabo de muchos días de marcha alguna habitación aislada. Un cielo encapotado, una atmósfera húmeda envuelven la mayor parte del año esas soledades inmensas; el horizonte se ensancha poco a poco, y es raro que la vista pueda recorrer de una sola mirada en toda la extensión la parte visible de ese vasto círculo de tierras incultas á que han dado el nombre de Llanos. Es una prolongación de los prados americanos.

Si el aspecto general de esa parte del continente es en efecto el de una llanura, si no se muestran aquí las cadenas de montañas, no debemos tomar á la letra la palabra llanos y creer que los accidentes de terreno sean desconocidos. Es al contrario un vasto sistema de colinas paralelas como surcos trazados por un arado; los torrentes que se precipitan hacia los rios han producido los efectos de la reja del labrador surcando de un modo igual todo el territorio. El viajero sube y baja de barranco en colina y de colina en barranco sin prever jamás el instante en que tocará un suelo horizontal. Los llanos están cubiertos de una yerba continuamente refrescada por los rocíos de la noche y por las nieblas de la mañana; todas esas circunstancias hacen de esas regiones el país más propio del mundo para la cría del ganado y para la propagación de la raza caballar. Así ha sucedido que los pocos colonos de los llanos han renunciado completamente á la labranza para entregarse á

número inmenso de animales á poca costa, es decir, con pocos hombres. Ninguno de los medios empleados por nuestra agricultura pueden ponerse en uso en ese país; la guarda de las manadas difiere tanto en los llanos de lo que vemos se practica en Europa, como las costumbres de esos mismos animales en libertad difieren de los hábitos de nuestro ganado doméstico. Hay aquí un objeto de observación interesante.

Se ha dicho que los animales ganaban en instinto en la esclavitud lo que perdían en vigor; en ambos estados hemos estudiado la vida de los cuadrúpedos que el hombre somete á sus necesidades y á sus caprichos, y

mero diez veces mayor de yeguas. En la tarde del mismo día los animales se dividen en tantas manadas como garañones hay en la hacienda. La repartición se opera amistosamente, sin combate, con un espíritu de imparcialidad y de justicia de que son incapaces los hombres. Cada yegua sigue al caballo padre que le gusta sin que los otros animales se opongan. Además cada garañón elige su preferencia de donde no saldrá ya sino accidentalmente, cuando á ello le obliga algún peligro, como verbigracia, la persecución de los lobos ó la de los hombres. La repartición de las yeguas es tan definitiva como la de las tierras: si una de las

hembras de una manada se aburre con su jefe y quiere introducirse furtivamente en la manada vecina, el nuevo señor en lugar de lisonjearse con la preferencia se apresura á hacerla salir á bocados y á coces. Así la lleva relinchando hasta los límites de sus dominios, como si quisiera advertir á su vecino de la tentativa de la infiel. Este corre por su parte al encuentro de su caprichosa compañera, y la obliga por los mismos medios á ingresar en la manada que quiso abandonar.

Si una de las yeguas se hiera, el garañón la contempla con inquietud tendida sobre la yerba; lame su lla-ga y la frota los miembros como queriendo descubrir por el contacto el órgano lastimado. La enferma le guía lamiendo ó mordisqueando á su vez el miembro del caballo que corresponde á aquel en que ella siente el dolor. Cuanto tiempo una yegua está dolorida y sin poder andar, el garañón retiene en torno suyo á toda la manada; nadie tiene derecho para apartarse bajo un castigo tremendo de coces y bocados. Si sus hembras riñen entre sí, en un soplo las pone en paz; la severidad del jefe hace entrar en el orden á las más atrevidas.

En la época en que paren las yeguas es cuando el garañón despliega toda su prevision y todo su instinto. Sale elegir oportunamente



Ataque de una manada por un jaguar.

la yerba mejor, los lugares mas próximos al agua para que la cria y las madres se hallen expuestas á menos fatigas. Prodigia á los pequeñuelos toda clase de cuidados; los lame, los acaricia, los habla relinchando suavemente; los ayuda á levantarse secundando sus esfuerzos, juega con ellos así que se hallan en estado de sostenerse. En los alborozos en las praderas cuida mucho de los potrillos; si se quedan rezagados, participa de todas las inquietudes de las madres, se detiene para llamarlos, y corre á menudo en busca de los atolondrados que se engañaron de camino y van á meterse en la manada vecina exponiéndose imprudentemente á los malos tratamientos de una familia extraña. Hasta que los pequeñuelos tienen dos años, no deja de ser para ellos un verdadero padre.

La disciplina no es tan severa con las yeguas jóvenes como con las antiguas de la primera eleccion. A veces algunas de ellas, encantadas por la hermosura del jefe de una tribu vecina, dejan el grupo en que nacieron para introducirse en el suyo. El éxito de su escapatoria depende de la primera entrevista. Si el garañon las recibe con bondad, las acaricia y las lisonjea, pueden prometerse que las conservará en sus dominios; pero si las rechaza iracundo, deben huir de prisa. Sin embargo, no se apodera impunemente un garañon de la hija de una manada extraña. Apenas su padre nota su ausencia cuando la pide á todos los ecos del contorno; recorre los prados, inspecciona las diferentes manadas y pronto descubre á la infiel. Entonces es preciso que haya combate; es preciso que la fuerza decida.

Uno de los espectáculos mas bellos de los llanos es la lucha de dos de esos cuadrúpedos indómitos que nunca fueron deshonrados ni por el freno ni por la silla. En cuanto se distinguen se amenazan, y corren uno sobre otro, dejando detrás de sí á toda su manada atenta que contempla inmóvil las diferentes peripecias del drama. Con la nariz abierta, la cabeza erguida, las crines al viento, los dos adversarios nadan á trote largo por entre las yerbas de la pradera. A la mitad del camino se juntan, y poniéndose de manos al instante quieren golpearse mutuamente con el corte de sus cascos; manejan las patas delanteras con una facilidad increíble. Cada adversario quiere agarrar á su enemigo con sus dientes. Con un furor igual, con igual destreza se atacan y se evitan, se levantan ó se bajan; saltan la espuma y la sangre, su pelo reluciente se cubre de sudor y la tierra resuena con el ruido de sus cascos. De súbito el mas diestro ó el mas fuerte muerde al otro en el cuello, sus dos mandíbulas férreas se hunden profundamente bajo las crines; este sacude con furor su cabeza orgullosa, encorva como una serpiente su cuello flexible y devuelve en el pecho el mordisco que recibe. Los dos combatientes se encuentran entonces enlazados, y todos sus miembros se hallan en accion y produciendo un ruido espantoso de cascos y de dientes.

¿De quién será el triunfo? La inquietud y el horror se pintan en los ojos de las manadas, se oyen relinchos de espanto; los esfuerzos redoblan, pero ya las fuerzas se acaban, uno de los dos dobla las rodillas y cae dejando la victoria á su rival. Todo está concluido: el vencido se levanta y huye seguido de sus compañeras conmovidas. El vencedor se reune majestuosamente con su manada y se queda en posesion de la yegua que causó la lucha. En adelante suceda lo que quiera, jamás los dos garañones repetirán el combate; conocen sus fuerzas y esto les basta.

El peligro mayor que amenaza á los caballos en los llanos proviene de los lobos y de esa especie de perros salvajes que llaman *coyote* en Méjico. Hay tanta falta de poblacion en esas regiones que esas fieras se multiplican en ellas con una abundancia extraordinaria. En el invierno recorren el pais por bandas de doscientos ó trescientos, y tratan de acometer á las manadas, pero estas desplagan para defenderse tanta intrepidez é inteligencia como ellos en el ataque. En un momento todas las hembras se ponen en círculo, la cabeza hácia el centro donde se han refugiado los potros, las patas hácia el enemigo para darle coces si se acerca demasiado. El garañon permanece fuera del círculo, recorriendo incesantemente la circunferencia para sostener los puntos débiles ó prestar socorro á los puntos amenazados. El es el que mas se expone, y á él se dirigen tambien todos los esfuerzos de las fieras. Sin embargo, se mantiene tan cerca del círculo que las yeguas pueden ayudarle fácilmente con sus coces. Es muy raro que los lobos venzan en esas luchas; preciso es que sean muchos para derrotar á uno de esos batallones, y por esta razon prefieren atacar cuando pueden á los caballos aislados. Tendidos á la orilla de las espesuras de zarzales que cubren en varios puntos las llanuras, esperan el momento en que la manada se ha dispersado con desconfianza en el llano, ó cuando duerme la siesta, y entonces á fin de impedir que se reuna, se dividen en tantos grupos de tres como caballos hay en la manada; luego arrastrándose por la yerba como serpientes se acercan á su presa y se aparecen sin dejarla tiempo para que corra al socorro de los otros animales. Un lobo ataca al caballo de frente y los otros dos por los lados. El primero aparenta que quiere lanzarse y al punto el cuadrúpedo se encabrita y se pone á la defensiva, pero en ese instante los otros dos se arrojan sobre sus flancos y tratan de desgarrarlos á dentelladas. El caballo se apoya entonces en sus patas delanteras para dar coces á sus cohardes enemigos; el lobo que está delante repite su ataque fingido, y así continúan hasta que el noble animal cae rendido, ofreciendo una presa sin defensa á sus implacables adversarios.

En ciertos puntos de los llanos las manadas tienen otros enemigos; á la falda de las dos cadenas laterales de las cordilleras, cuando el invierno ha cubierto de nieve las cumbres heladas de las montañas, los enormes osos negros que las habitan, no encontrando ya alimento en las selvas bajan á las llanuras y devoran cuanto hallan á su paso. Los potros jóvenes son víctimas á menudo. Por el lado de Durango en el límite meridional de los llanos, hay algunos bosques tambien poblados de leones y de jaguares. Estas fieras son muy aficionadas á la carne del caballo. Cuando las manadas imprudentes se acercan demasiado á sus moradas, salen de repente del fondo de los bosques, saltan en ancas de uno de los miembros de la manada, le hincan sus garras, y no sueltan la presa hasta el momento en que el cuadrúpedo sin fuerzas ya sucumbe á los dolores agudos que le causan las mordeduras. Pronto se acaban. Dicen que un leon de Méjico puede arrastrar en pos de sí el cadáver de un caballo.

Hay entre las manadas algunas que se hacen tan feroces que el hombre no logra jamás apoderarse de ellas. En cuanto distinguen á un ser de nuestra especie huyen por los llanos. Estas manadas se componen ordinariamente de animales magníficos; en el pais las llaman *manadas alzadas*. De susto en susto y de refugio en refugio concluyen ordinariamente por llegar á las montañas ó á las selvas, donde si se libertan de las tentativas del hombre es para caer con mas seguridad bajo las garras de las fieras. Sin embargo, la rapidez de los caballos alzados es tan grande que las fieras tienen que emplear la astucia para apoderarse de ellos, cosa que no consiguen sino á fuerza de lazos y de emboscadas. El instinto que despliega el jaguar en esta caza es demasiado notable para que le paseemos en silencio.

Cuando distingue en las plazoletas de las selvas un grupo de caballos alzados, se guarda muy bien de desconfianza entregándose á una persecucion inútil, pero se desliza con precaucion entre los matorrales y describe en torno de los caballos una circunferencia vasta; antes de haber cerrado su círculo enteramente se detiene, de modo que quede un intervalo de unos veinte metros entre su punto de partida y su punto de llegada sobre el cual no están marcadas sus huellas.

Entonces de repente lanza un rujido; los caballos espantados con esa terrible advertencia toman la fuga en todas las direcciones; pero los infortunados cuadrúpedos se sienten rechazados por todas partes por el olor que dejó en torno de ellos el paso reciente de su enemigo, y por todas partes al llegar á la circunferencia creen hallar la vecindad del tigre y retroceden con un terror que va en aumento.

Entre tanto el jaguar ha elegido su árbol y espera cerca del espacio sobre el cual no ha estampado su pista, á que un instinto fatal le lleve allí su presa. A fuerza de dar vueltas en el círculo, de correr y de detenerse, de lanzarse y de volver atrás, la manada huele por fin el único sitio que quedó libre, la peligrosa salida de la trampa. Creyéndose ya en salvo brinca llena de esperanza en esa dirección, y al verla desembocar á sus piés la fiera no tiene mas que elegir su víctima y dejarse caer sobre ella.

Un recuerdo de amor.

I.

Hay sobre la hermosura y sobre la fealdad diversas opiniones. La hermosura creen todos que es una cualidad necesaria en las mujeres, y que es muy indiferente en los hombres. Hasta creo que hay un reiran que dice que no hay hombre feo. Lo que yo sé es que la fealdad es, tanto para el hombre como para la mujer, un manantial fecundo de disgustos y de desprecios. Casi estoy por decir que es mas perjudicial la fealdad en los hombres que en las mujeres, porque estas cuando llegan á ser esposas y madres se resignan, mientras que el hombre muy feo que se casa, se convierte en un furioso celoso, en un extraño insoportable, si ha tenido la fortuna, ó mas bien la desgracia de casarse con una mujer bonita.

Y no obsta esto para que haya hombres feos muy excelentes para que sean profundamente desgraciados. Su bondad les dispone á la sensibilidad, aman siempre, y desgraciadamente aman alguna encantadora joven, de quien no son correspondidos. Hacia yo estas reflexiones al contemplar dos hermosos naranjos que hay en Sevilla, á la entrada de la linda posesion de Buena-Esperanza, que pertenece hoy al opulento conde de este título. ¡Bellísimos arbustos, que encierran toda una novela!

II.

En Sevilla hay muchas y deliciosas casas de campo. En ellas pasan las lindas sevillanas el verano, para respirar en aquel clima que abrasa el sol del mediodia, por las tardes las frescas brisas del Guadalquivir, entre los

bosques de naranjos y limoneros que embalsaman el aire con sus deliciosos azahares, y deleitan la vista con sus hermosos frutos. Generalmente las visitas son raras, cada uno vive encerrado en su casa, y así no es mucho que el fastidio y el tedio vengán á disminuir los encantos del campo. En una casa de estas vivia con su marido doña Antonia Pacheco, acompañada de una linda sobrina suya, de diez y ocho años, llamada Concepcion. Ocupaban su tiempo en las labores de lujo propias de señoras, en los paseos por el jardin, y en tocar y cantar al piano, mientras el marido se ocupaba en los negocios de la recoleccion de los frutos en sus grandes cortijos y olivares. Para reunir algunas visitas, proyectaron las señoras, cansadas de cantar solas los mas bonitos duos de los Puritanos y de la Norma, dar un concierto. Este proyecto iba á producir seguramente una revolucion en todas las casas de campo esparcidas sobre las deliciosas márgenes del Guadalquivir. El marido condescendió con el concierto, y se propuso convidar para él á los vecinos inmediatos á su posesion. Habia un cuarto de legua de allí una linda casa de campo cuyo propietario era un joven, y entablóse una discusion sobre si debía ó no invitársele al futuro concierto, ó aguardar á que él hubiese primero visitado á las señoras. Acordaron al fin el dirigir como por via de paseo sus pasos hácia la solitaria quinta del solitario joven, á quien las señoras miraban como un ser romántico y como un partido rico, cosa que no es indiferente cuando se tiene una sobrina de diez y ocho años. Pacheco se sonrió de la discusion, como hombre que conocia muy bien y sabia quién era el misterioso joven.

— ¿Cómo se llama? le preguntó no sin ponerse un poco colorada Conchita.

— Luis de Lara.

Aquella tarde se puso la carretela. Conchita colocó sobre sus hermosos cabellos negros un bonito sombrero de paja, echó sobre su vestido de batista blanca un ligero chal de seda escocés, y entró en el carruaje con sus tíos. Siguiéron las orillas del Guadalquivir, cubiertas de delicioso verdor, y llegaron hasta cerca de la casa de Lara, donde se apearon. Pacheco las hizo entrar en el jardin, con pretexto de ir á buscar á Lara y avisarle la llegada de las señoras.

Sorprendidas quedaron estas del orden de este lindo jardin, donde el arte con cierto aire de negligencia habia reunido las mas lindas flores. Grandes masas de rosales, jazmines, camelias y naranjas salian de aquí y allí del suelo cubierto de césped, y producian un delicioso efecto. Este parterre conducia á la puerta de la casa por una poética calle de laureles, cuyas altas ramas mecian sus flores sobre sus cabezas. Llegaron á los escalones de la puerta, que dos grandes naranjos, cubiertos de una nevada de flores, servian de centinelas, y apoyados contra los cajones pintados de verde en que estaban plantados los naranjos, aguardaron la vuelta del señor Pacheco. Desde allí descubrian la corriente del Guadalquivir que tenían de púrpura los últimos rayos del sol poniente, las verdes colinas cubiertas de frondosos viñedos, y la atmósfera tranquila y pura embalsamada con los deliciosos olores que exhala el campo.

— ¡Qué sitio tan encantador! dijo Conchita entusiasmada.

— Sí, risueño y triste, respondió su tia: estoy segura de que tu imaginacion forma ya alguna novela.

Llegó entonces Pacheco para decirles que el señor de Lara habia ido á Sevilla, y que no volveria hasta el dia siguiente, y que durante su ausencia, su jardinero, soberano absoluto en aquel sitio, les ofrecia la casa para que la viesen y descansasen. Presentóse este en efecto, y era un respetable viejo, que de la mejor manera que pudo, les aseguró que su amo sentiria no haber estado allí para recibir su visita. Les hizo entrar á un elegante comedor ofreciéndoles que tomasen algo, y presentando en un momento ricas y deliciosas frutas. Pasaron despues á la sala elegantemente amueblada, al gabinete y despacho donde se veia una lujosa y bien surtida biblioteca donde habia escogidos libros. Los muebles, los bustos, los adornos todos revelaban el buen gusto y la ilustracion de su dueño.

— Estoy segura, dijo la señora de Pacheco, de que el señor de Lara es artista ó poeta.

— A fe mia, que no lo sé, señora, dijo el honrado jardinero, que á la verdad ignoraba lo que querian decir aquellas dos palabras. Lo que yo puedo decir es, que el pobre del amo, á pesar de sus pesetas y de su juventud, siempre está triste y apesadumbrado. Yo trabajo como un azacan en cuidar estas hermosas flores que le gustan mucho, y nunca le veo reir, ni conozco cuando está contento. Solo veo por el cuidado que con ellas tiene, que son su único placer, y por eso las cuido tanto.

— Tío Andrés, dijo el señor de Pacheco apretando la callosa mano del jardinero: usted toma por tristeza las meditaciones de su amo. Que se case, que tenga una mujer bonita y hermosos hijos, y le verá Vd. tan risueño como esas flores que tanto le gustan.

— Bien podrá ser, caballero, replicó el anciano jardinero.

Con esta conversacion fueron andando hasta llegar á la puerta del jardin, donde despues de haberse despedido y dádole una propina al tío Andrés, tomaron la carretela para volverse á su casa. Durante el camino Conchita fué muy silenciosa, y es seguro que por la noche soñó con la linda quinta de Lara, y tal vez en su ausente dueño.

III.

Pasáronse tres días despues de esta visita, y con gran admiración de las señoras, no se había presentado á devolverla don Luis de Lara. Motejábanle las señoras de Pacheco de impolítico, cuando este las dijo:

— Me sorprende eso, porque antes de que viniérais vosotras, venia á verme casi todos los días aquí.

— Le daremos miedo Conchita y yo.

— En efecto, es extremadamente tímido; pero eso no basta para explicarme su conducta. Temo que esté malo. Hoy mismo iré á saber de él.

— Convidale á nuestro concierto del domingo, y dile que no admito excusa.

Pacheco fué á ver á Lara, y las señoras aguardaron con impaciencia su vuelta. Hay tan poco que hacer en el campo, que las menores cosas excitan con la ociosidad un activo interés. El no tener qué hacer, predispone á distraerse y á ocuparse con cualquiera cosa. Así es, que salieron á esperar la vuelta de Pacheco, y poquito á poco llegaron hasta cerca de la hacienda de Lara.

— ¿Estáis aquí? les dijo Pacheco al encontrarlas. Si lo hubiera sabido, hubiera traído conmigo á Lara que acaba de separarse de mí hace un momento.

— ¿Está malo? preguntó tímidamente Conchita.

— A la verdad no está muy bueno. Lo he encontrado muy cambiado.

— ¿Pero al fin, vendrá el domingo? preguntó la señora de Pacheco.

— Me lo ha prometido.

IV.

Pasóse pronto la semana en los preparativos y ensayos del concierto. Llegó la noche del domingo, y todos los convidados fueron exactos á la cita. Habría como unas veinte personas. Excusado es decir que las mujeres eran graciosas y bonitas: basta decir que eran andaluzas.

La señora de Pacheco cuando vió á todos reunidos, preguntó á su marido por Lara.

— No ha llegado aun, no sé en qué consiste.

Conchita se hallaba sentada al piano donde iba á cantar el aria de la Norma. Nunca había estado mas linda. Un vestido sencillo de crespon blanco bajaba en anchos y diáfanos pliegues de su airoso y esbelto talle: sobre sus negros cabellos peinados en banda tenia una simple rosa, cuyo color no era tan hermoso como el de sus frescas mejillas. Su mirada era vaga, celestial. En el momento de cantar el aria que sabia de memoria, sus negros y expresivos ojos recorrieron la concurrencia, cual si buscasen á alguno; se fijaron sobre su tia, se sonrió, y entonó la cavatina *Casta Diva*.

Todos los ojos se hallaban fijos en Conchita. Durante el canto, un hombre vestido enteramente de negro, con guantes del mismo color, había entrado. El señor de Pacheco, aproximándose á su esposa, le dijo en voz baja: ese caballero es don Luis de Lara.

— ¿De veras? respondió con viveza, despues que se lo hubo presentado; cuando se retiró, examinóle atentamente.

Era un hombre pálido, de expresion triste, con pocos cabellos, que al través de su transparencia enseñaban la blancura mate de su cráneo, sus ojos ribeteados de encarnado no tenían pestañas. Su nariz afilada se encorvaba sobre su boca á la que faltaban algunos dientes. Su rostro tenia una expresion profunda de tristeza y parecia encantado oyendo la voz de Conchita.

— ¿No ha venido? dijo esta á su tia, cuando hubo acabado de cantar y de recibir los cumplimientos de la sociedad, dejando ver cierto sentimiento de desquite.

— Sí, querida mia, respondió su tia, sin obligarla á explicarse mas. Está aquí.

— ¿Dónde? replicó la sobrina con viveza.

— Allí, contestó señalando á donde se hallaba Lara.

Este, viendo que se ocupaban de él desapareció dirigiéndose hácia el jardín, cuyas puertas daban á la sala, y estaban abiertas para dar entrada al fresco.

— ¿Me engañais, tia! ¿es el dueño de la hacienda donde hemos estado?

— Sí, querida, es el mismo don Luis de Lara, ese interesante jóven, como decía Pacheco. Convengamos en que los hombres se tratan con bastante indulgencia.

— ¡Qué mal ha hecho mi tio, mas mal de lo que piensa! replicó Conchita con tono serio y triste. He amado durante ocho días la imágen que me había hecho formar del propietario de la hacienda de Lara. Horrible ha sido el engaño.

Continuó el concierto, pero ya la voz de Conchita no era la misma. Todo revelaba en ella una preocupacion interior. Terminóse el concierto. Despidiéronse las gentes, pero don Luis de Lara no volvió á dejarse ver.

Cuando todos se habían marchado, la señora de Pacheco reconvinó vivamente á su marido.

— Esa es una locura, le dijo, yo conozco á Lara desde niño, le he visto aquí frecuentemente, y siempre me ha parecido un hombre de bien, de gran talento, y me agradaba mucho su compañía y su amistad. ¿Queriais que yo, que soy un hombre, fuese á reparar en su

fealdad? Confieso que hasta hoy no había reparado mas que en su inteligencia y talento.

— Búrlate cuanto quieras, respondió su mujer, pero buen desenlace has dado á nuestros sueños.

— ¿Y tengo yo la culpa de que sueñen Vds., señoras mias?

Fuéronse todos á acostar. La tia y la sobrina disertaron toda la noche sobre el amor, sobre la atraccion de las almas, sobre el irresistible impulso de los espíritus simpáticos; agotaron la quinta esencia del sentimiento, y despues de haber razonado, ó tal vez desbarrado durante tres ó cuatro horas, vinieron á sacar en conclusion que á pesar de todas las cualidades intelectuales y morales de que pudiese estar dotado don Luis de Lara, seria imposible amarle, y casarse jamás con él.

Al día siguiente hallábanse cansadas la tia con la fatiga del concierto y la sobrina con sus emociones. Cansáronse á poco del campo, y trataron de volverse á Sevilla para despues venirse á Madrid. La víspera de su marcha preguntó la señora de Pacheco á su marido por Lara, á quien extrañaban mucho no haber vuelto á ver.

— Lara está muy malo, respondió, es un alma superior que no habeis sabido comprender Concha ni tú.

V.

Dos meses despues en Madrid hallábase un día muy triste Pacheco, despues de haberse encerrado en su despacho para leer las cartas que había recibido de Sevilla, cuando su mujer y su sobrina le preguntaron la causa de su pesar.

— He perdido mi mejor amigo. ¡Ha muerto Lara!

— ¿Y de qué?

— Esta carta que es para tí, te lo dirá tal vez. Te ha escrito antes de morir.

— ¿A mí? ¡Si apenas me conoce!

— Te conoce por mí, le dijo su marido con bondad, sabe que eres mejor que lo que pareces por tus ligerezas, y ha querido confiarse de tí.

Al mismo tiempo sacó una carta, que le entregó.

Era la expresion del mas profundo y tierno sentimiento que podia inspirarse en amor...

La carta decía:

«No me atrevo á escribirla, porque no quiero que ninguna imágen triste venga á turbar la serenidad de su feliz porvenir. Muero porque he comprendido que jamás podía ser amado. Si viviese, esta confesion seria ridícula; empero ¿quién se burla de un mal que causa la muerte? Mucho he sufrido antes de llegar á ella, he arrastrado la vida solo; pero desde el día en que comprendí todo lo que me faltaba para ser feliz, me sentí herido de muerte. Este día... este día, señora, ha sido el mas hermoso y el mas doloroso de mi vida. Antes de recordarlo debo decir cuál fué mi infancia, sin alegría, sin juventud, sin esperanzas. Mi madre murió al darme á luz, tuve por padre un noble anciano que me dejó grandes bienes. ¿Porqué no me dejó en su lugar un poco de salud, un poco de hermosura? Viví enfermizo, endeble, desgraciado, objeto de la burla, primero de los niños de mi edad, despues de mis compañeros de colegio.

J. MUÑOZ GAVIRIA.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Bailes y prendidos de baile. — El vestir es un arte. — Coleccion de prendidos de baile. — Adornos Pompadour en los vestidos de baile. — Tercer gran baile de Tullerías. — Prendido de la emperatriz Eugenia. — Las diademas de terciopelo están muy en moda. — Bailes suntuosos de la temporada. — Baile en casa de M. Mirés. — Los prendidos nuevos. — Baile de trajes en el ministerio de Estado y baile de trajes en casa de M. Halphen. — Un vestido de gitana. — Descripción del figurin de este número que representa dos prendidos de baile.

Bailes y prendidos de baile, no se habla de otra cosa. Todas las parisenses elegantes andan en busca de vestidos nuevos, y á fin de ostentar novedades se visten como las reinas de la hermosura se vestían antiguamente. Consultan su rostro, su fisonomía, sus ojos y su talle, y eligen los trajes que mas hacen valer su distincion y sus hechizos.

Cuando una mujer sabe conocerse es casi siempre elegante.

El vestir es un arte, un estudio delicado, que exige un gusto exquisito.

Balzac ha dicho sobre este punto esta importante verdad:

«Hay vestidos que manifiestan una idea y la hacen aceptable á los ojos sin que se sepa porqué ni cómo.»

¿Esto en qué consiste. — En el perfume y el colorido del vestido. Un prendido tiene un perfume lo mismo que una flor, y los que no le tienen son prendidos ordinarios que nada dicen.

La mujer que se pone un vestido y un sombrero porque es preciso que se vista, carece hasta de las primeras nociones de la coquetería.

Pero se me dirá que la mujer que se ocupa mucho de sí misma es una mujer insípida y nula; una muñeca no divierte mas que á los niños, y nunca á las personas serias. En cuanto á las muñecas, debo decir que me horrorizan.

No puedo soportar á una mujer que parece estar diciendo á todo el mundo:

— Tengo un corsé que me sofoca, un ahuecador veneciano, un vestido nuevo con mas adornos que el Louvre, un cachemira tan hermoso y de tanto peso que no puedo con él, un sombrero que no hay otro en París.

No, no me gustan las muñecas, ni las mujeres pretenciosas que se sonrien á tiempo fijo, que tienen siempre la misma mirada, los mismos ademanes, las mismas palabras.

Me gusta la mujer que sabe vestirse sin darlo á conocer, que lleva, verbigracia, un lazo atravesado, y este lazo es una señal característica, pues no todas las mujeres pueden llevarle sin estar ridiculas.

Hé aquí la descripción de algunos prendidos de baile:

— Un vestido de tafetan azul cubierto con una falda de tul afollada y con rayas horizontales que describen un musgo vaporoso. La orla de esta falda lleva un sesgo de terciopelo imperial color de naranja cubierto con una blonda blanca. Sobre esta falda de tul va otra de terciopelo imperial color de naranja abierta sobre los lados y sobre el delantero de la falda. Las aberturas por los lados están llenas de adornos de tul con cordones de capuchinas y collares de perlas blancas que los separan. Todos los contornos de la falda de terciopelo llevan un grueso rizado de tul. El cuerpo es liso con pliegues de blonda y de tul. Las mangas describen un fichu de blonda y de tul rizado con terciopelo. El tocado es al estilo de María Estuarda, de terciopelo negro con perlas blancas; forma tres puntas de terciopelo negro que se adelantan sobre la frente, y cada punta tiene una perla blanca. Al rededor un cordón de capuchinas y de perlas blancas que caen sobre el cuello.

— Otro vestido de tafetan blanco con doble falda, cada una con un ancho rizado tambien de tafetan blanco. El cuerpo es de punta con un fichu compuesto de un rizado igual cruzándose en pequeños tirantes á la colegiala por delante y por detrás.

Estos tirantes rizados bajan en forma de afollados de tafetan blanco sobre las caderas enteramente al estilo Pompadour, con una gracia indecible. Las mangas tienen igual rizado que se llama á la antigua, lo mismo que el prendido todo, siendo de advertir que eligen este traje antiguo las damas de veinte y cinco años. Adoptan este prendido las señoras que dan baile en su casa.

— Otro vestido de raso blanco con tres faldas.

La primera falda de raso lleva un grueso rizado de crespon blanco colocado en galería y formando la orla de la falda. Las otras dos faldas están graciosamente onduladas y guardan de un rizado de crespon y de un volante de encaje de Inglaterra que sigue las ondulaciones. El cuerpo lleva pliegues de crespon y de encaje que hacen delgado el talle. A cada lado del vestido se ven cuatro ramilletes de pámpanos con agraces y hojas de todos los tonos. El tocado, el ramillete de la cintura y los dos ramilletes de los hombros son del mismo estilo.

— Otro vestido de raso malva con falda doble. La segunda falda forrada de raso blanco va recogida á la griega. El cuerpo presenta canelones huecos que dejan entrever un lujoso camisolin de encaje.

Para llevar este cuerpo griego son indispensables dos cosas: la primera un talle bien hecho, que sea fino ó robusto, y la segunda una modista de inteligencia, pues la hechura de él es el escollo infalible de toda aquella que no conoce bien el modelado ni el atrevimiento de las líneas. Las mangas son tambien á la griega. Con este vestido de color de malva se lleva un aderezo de diamantes ó de camafeos antiguos. Yo prefiero los camafeos porque sientan mejor con ese vestido.

— Otro vestido de raso blanco cubierto de varias faldas de tul ilusion, que vuelan unas sobre otras en ondas caprichosas retenidas por estrellas de pluma y puntos de oro. El cuerpo está sembrado de estrellas. Las mangas cortadas en fichu tienen otras mangas interiores cortas afolladas de tul ilusion. Por tocado diadema de terciopelo azul de China con estrellas de cro.

— Otro vestido de tarlatana blanca con dos faldas sobre trasparente de tafetan blanco. Las dos faldas de tarlatana van ilustradas con tres sesgos de crespon malva, cada uno de cuatro centímetros de anchura. El cuerpo lleva un pequeño fichu compuesto de sesgos de tarlatana y de crespon malva, que se continúa en afollados Pompadour sobre las caderas.

Con este vestido blanco y malva se lleva un adorno de lilas, pues es un traje de primavera.

— Otro vestido de raso negro con dos faldas de tul negro afollado sembradas de perlas de oro. Sobre la segunda falda afollada cae una túnica de punto de Chantilly; las perlas de oro se ven por el encaje y producen un efecto primoroso. Dos broches de racimón de oro y frutas de oro, con collares de perlas de oro adornan el encaje. El tocado es de estilo Bacante. Los collares de oro caen abundantemente sobre el cuello.

En algunos bailes muy suntuosos se han visto prendidos deslumbradores. — En el último baile oficial de Tullerías, el tercero de los que se han dado este año, S. M. la emperatriz Eugenia llevaba un vestido de tul muy ligero y vaporoso, con hilillo de plata, levantado á los lados con anchos lazos de terciopelo azul de China: llevaba tres vestidos de tul ahuecados. Por tocado lucía una diadema de terciopelo azul sembrada de pedrerías; los pendientes eran dos alhajas que figuraban dos almidras de brillantes.

Su Majestad la emperatriz ha adoptado este año las diademas de terciopelo con preferencia á todos los demás tocados. Inútil será añadir que estas diademas de terciopelo ilustradas con piedras preciosas es el tocado mas á la moda en el día.

Tambien se ven muchos adornos de pluma que se enroscan de lado en espiral y caen sobre el hombro.

Madama Fould llevaba un vestido con estampados de oro, de un estilo muy original, y sin embargo elegantísimo.

La señora duquesa de Manchester tenia un vestido sencillo blanco y una diadema de terciopelo liso, prendido tan encantador como la señora que le llevaba.

Los trajes eran todos á cual mas hermosos. Mucho tul y

mucho encaje, que los uniformes desgarraban implacablemente.

Se distinguieron entre la concurrencia un jefe de clan escocés con su uniforme nacional; su albornoz brillaba de oro; — un magnate muy imponente con sus pieles, y un señor dalmata mas imponente todavía.

Tambien ha habido un gran baile de extranjeros distinguidos en casa del ministro de Venezuela, y se ha bailado igualmente en casa de madama de Corvaia; — en la de madama Regnault de Saint-Jean d'Angely; — en la de la condesa de Harel; — en la de la condesa de Pontives, y en casa de M. Mirés, que recibió á sus convidados con todo el lujo de un millonario; nada faltó allí, ni luces, ni flores, ni mujeres bonitas.

Madama Mirés tenia un traje de tul blanco, con crucecitas de hilillo de plata, de doble falda. La primera estaba rayada con bandas de terciopelo lila Emperatriz con blonda blanca y encaje negro á cada lado de las bandas. La segunda formaba cuadrillos de terciopelo color de lila con tul entre cada uno de ellos. El cuerpo era una maravilla de blonda, de tul y de terciopelo.

Madama de C... llevaba un vestido de terciopelo negro á la griega sujeto con un cordón de oro; en la cabeza tenia un cerco de oro que se arrollaba por detrás en el tocado.

Por último, deben citarse como notables el baile del ministerio de Estado y el de M. Halphen, otro millonario.

Voy á describir un solo traje de gitana riquísimo y de mucho gusto.

Le lucia madama de Halphen. — Consistia en una falda de gro de Tours blanco, orlada con una ancha franja purpurina, enriquecida con geroglíficos de terciopelo negro contorneados de oro. Veíanse allí quimeras, serpientes y dragones alados, diablillos y monstruos con puntilla de pasamanería de

oro. Un paletó de paño de oro plegado á gruesos canelones caia sobre esa primera falda. Sobre el cuerpo de paño de oro arrancaba á la altura del pecho un corpiño de terciopelo negro recortado arriba y abajo y al sesgo en lengüetas de terciopelo contorneadas de encarnado. De cada punta de terciopelo pendian un cequí de oro y tres borlitas de oro. Hacia lo alto del pecho llevaba una golilla de tul afollado, sembrada de estrellas de oro y de perlas blancas. Las mangas verdaderas estaban reemplazadas por un lazo enorme cubierto de tul, y luego colgaba una larga manga de maga que era de tul bordada con una cinta purpurina y con geroglíficos de terciopelo negro y oro como en la orla de la falda.

El cuerpo tenia un par de tirantes como solo pueden usarlos las gitanas, unos tirantes que me es imposible describir, pues figuraban signos cabalísticos que todo el mundo podia adivinar y traducir contemplando aquella criatura encantadora.

En fin, diré que formaban una escuadra en medio del pecho, que pasaban por debajo de los brazos, que se reunian en la espalda, y que eran de terciopelo negro y estaban bordados de oro y perlas blancas.

Sobre el paletó de paño de oro se veia un chal bayadera de tafetan azul de China ilustrado de rojo, terciopelo y oro, y que se prendia sobre el lado quedando dos puntas que remataban en una rica franja de oro.

En la cabeza llevaba un gorrito formado de cuadrillos de raso purpurino y de afollados de tul con perlas de oro. Este gorrito se hallaba sobre lo alto de la cabeza sostenido por un broche de pedrerías y sartas de cequíes de oro que partian gradualmente de la frente describiendo festones caprichosos, y que flotaban con una profusion oriental sobre el cuello y los hombros. El broche de gruesos brillantes vale 100,000 francos. Tres plumas muy originales y atrevidamente puestas com-

pletaban este tocado; eran bláncas, rojas y oro. Un broche de pedrerías las sostenia; era una mezcla de brillantes, de esmeraldas y rubíes. En el collar y en los pendientes del mismo estilo resplandecian piedras finas. Las botitas eran encarnadas con tacones altos, y en ellas habia diablitos bordados oro y negro con franja de oro. El pañuelo de mano estaba ricamente bordado de oro.

Concluyo con la descripción de nuestro figurín que representa dos prendidos de baile.

El primero es de color de rosa; se compone de un vestido de muaré antiguo, guarnecido de draperías de tul afollado, terminadas por un volante de encaje de Chantilly é ilustradas de lazos de raso color de rosa. Lleva dos hileras de draperías puestas en girandolas de distancia en distancia sobre la falda. Cuerpo liso escotado de punta, adornado con una berta redonda de encaje de Chantilly sembrada de lacitos color de rosa. Mangas cortas afolladas de tul. Tocado de rosas de Bengala con follaje natural que caen sobre la garganta. Guantes blancos cerrados con botones de diamantes; brazaletes ricos de medallones de pedrerías, y abanico Watteau. Zapatos de muaré antiguo color de rosa con tacon de muaré antiguo y lazo de blonda.

El segundo traje es blanco y azul. Sobre una falda de tafetan blanco van dispuestos cinco volantes de tarlatana terminados por otros cinco volantes pequeños de crespon azul cortado con el sacabocados. Corpiño de punta adornado de draperías de blonda ilustradas de pequeños lazos azules sembrados al acaso. Mangas afolladas de tarlatana blanca, crespon azul y volante de blonda. Tocado de flores en pirámide compuestas de campanillitas azules que caen en plumas. Abanico Luis XVI. Zapatos de tafetan blanco con tacones de tafetan y lazos de blonda.

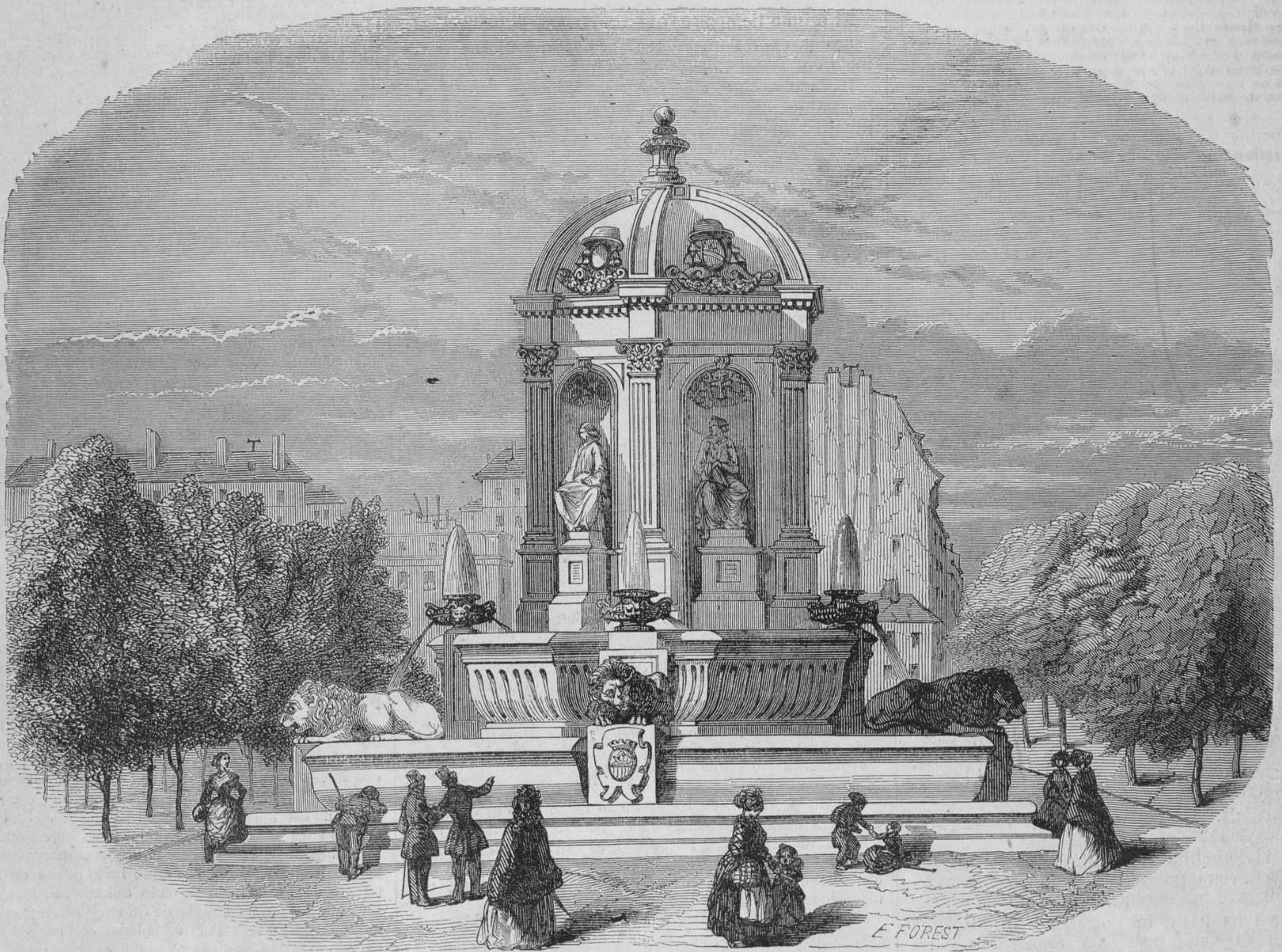
VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Fuente de la plaza de San Sulpicio en Paris.

Esta fuente en cuya construcción se gastó una suma de 192,323 francos, y que recibe sus aguas del acueducto de Arcueil y del pozo de Grenelle, se eleva en medio

de la plaza de San Sulpicio, cuyo terreno se alzó convenientemente, en forma de pabellon cuadrangular coronado con una cúpula que remata en un florón.

La base de este pabellon descansa en tres pilones sobrepuestos; los dos superiores divididos por pedestales donde se ven unos jarrones, y mas abajo cuatro leones



Fuente de la plaza de San Sulpicio.

tendidos que sostienen en sus garras los escudos de armas de París, derraman sus aguas en el tercer pilon de forma octógona que tiene veinticinco metros de diámetro.

En los nichos practicados en las cuatro caras del pabellon y separados entre sí por pilares de orden corintio, están las estatuas de los cuatro grandes oradores religiosos que han ilustrado el púlpito francés; Bossuet, Massillon, Flechier y Fenelon. Estas estatuas un poco

pesadas, fueron ejecutadas por MM. Feuchere, Fouquier, Desprez y Lanno; los leones son de M. Barye. Cada uno de los nichos está coronado con escudos que contienen las armas de las diócesis de Meaux, Clermont, Nimes y Cambrai, que ocuparon esos principios de la iglesia que representan las estatuas.

Este monumento sencillo y bien compuesto por el arquitecto M. Visconti y construido en vista de sus dibujos y bajo su dirección, por M. Vivenel, se armoniza per-

fectamente con las líneas de la iglesia de San Sulpicio que tiene á su frente.

Una sola observacion crítica queremos hacer: por el precio que han costado las estatuas, los leones y los jarrones que forman la decoración de esa fuente, se habria podido elegir para su ejecución una materia mas resistente que la piedra que se deteriora con tanta facilidad bajo las influencias variables del clima parisiense.